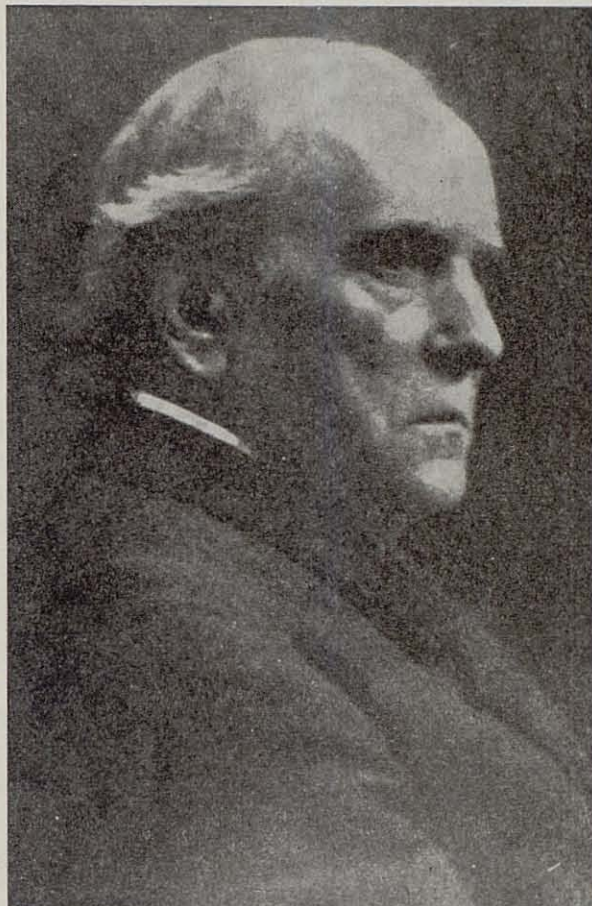


Ramón Turró Darder (1854 - 1926)

I. - El Veterinario

Por F. Gordón Ordás (†)*



Durante mis estudios en la Escuela de Veterinaria de León, oí hablar varias veces, como de algo vago e impreciso, de un veterinario catalán llamado Turró, que era un sabio bacteriólogo, pero que muchos dudaban fuera veterinario, porque él no se ocupaba para nada de la profesión. Confieso que entonces no tenían para mí ninguna importancia ni esta ni otras noticias relacionadas con nuestra carrera. Yo estudié Veterinaria por pura casualidad y durante años carecí de una idea concreta acerca de esto que había que constituir después la suprema razón de mis actividades mentales. Si en vez de terminar el bachillerato a los catorce años le hubiese terminado a los dieciseis, o si en lugar

de vivir en León hubiera vivido en Oviedo, yo llevaría a estas horas muchos años de ejercicio de la abogacía, que era la disciplina intelectual que más intensamente atraía mi espíritu, y probablemente, sería uno de esos que marcan a la Veterinaria con signo de inferioridad y a los que Turró ha flagelado tan justamente en uno de sus admirables discursos. Al terminar yo el bachillerato, siendo todavía un niño, mi buen padre, hombre temeroso y de moral austera, me propuso que estudiara Derecho en enseñanza libre, porque no quería consentir que un chiquillo de catorce años se fuese a vivir a Oviedo completamente solo y expuesto a todos los peligros y corrupciones de la vida estudiantil. Yo sostenía ante él la necesidad absoluta de estudiar en enseñanza oficial, para no perder las lecciones directas de los grandes maestros que eran entonces honra de la Universidad ovetense. Y como ninguno de ambos estaba dispuesto a ceder en su punto de vista, hubimos de llegar al siguiente convenio: puesto que aún tenía yo muy pocos años, podía esperar estudiando, para no oxidarme, en alguno de los centros de enseñanza superior que hay en León, o sea en la Escuela de Veterinaria, en la Normal de Maestros o en el Seminario. Sin saber por qué, pues en mi familia no hay ningún antecedente ni yo tenía noción alguna de lo que pudiera ser la Veterinaria, me decidí por esta carrera, con el propósito de abandonarla y emprender después la de Derecho. Con tal disposición de ánimo, ¿qué se me podía importar a mí de Turró ni de nada que se relacionase con la estación de espera que era entonces la Veterinaria para mí?

La muerte de mi padre cuando apenas había yo aprobado las asignaturas de quinto año, al llevarse la llave de la despensa, me obligó a demorar por tiempo indefinido mis proyectos de cursar leyes, pues de momento lo importante para mí era ganar algunas pesetas para ayuda del humilde presupuesto familiar. Por entonces me honraron con el nombramiento de auxiliar interino de la Escuela de Veterinaria de León, y al darme esto grandes facilidades para el libre

(*) Trabajo con motivo de su muerte.
Semblanzas Veterinarias-Vol. I (1973)

acceso a la Biblioteca de dicha Escuela, rica en todos los clásicos de nuestra ciencia, mi incu- rable pasión por la lectura me fue haciendo entrar poco a poco en el inmenso campo veteri- nario e insensiblemente me fui percatando de que aquellos estudios que había emprendido como simple pasatiempo eran algo verdaderamente ex- traordinario. Mi alma científica, hasta aquel mo- mento apenas iniciada, se fue formando lenta- mente en las largas horas de encierro en la amada Biblioteca, tan llena de gratos recuerdos para mí, como más tarde se había de formar mi alma profesional, poco tiempo después de fun- dada esta REVISTA, al choque con una dura rea- lidad que me era totalmente desconocida. Las continuas meditaciones sobre los libros alma- cenados en la Biblioteca solitaria de la vieja Escuela leonesa me indujeron a pensar también en nuestros valores vivientes, y así se me pre- sentó como una obsesión aquel Turró misterioso, del que aún no sabía fijamente si era o no ve- terinario, pero del que llegaban hasta mí ecos resonantes que lo presentaban como un gran investigador y como un maestro insuperable del laboratorio. Y me hice el firme propósito, ya por completo ganado para la Veterinaria, de asistir cuando pudiera a uno de sus cursos de Bacteriología.

Algunos meses después se anunciaron las opo- siciones al Cuerpo de Inspectores de Higiene Pecuaria, y al decidirme a tomar parte en ellas, lo hice con el oculto designio de alcanzar la plaza de Barcelona, ciudad que me atraía mag- néticamente por dos causas: el laboratorio de Turró y su gran emoción política. La fortuna me permitió alcanzar el número uno en aquellas oposiciones inolvidables, y aunque estaba en mi mano elegir la plaza que más me conviniera, no elegí la de Barcelona, no obstante mi ferviente deseo de vivir en aquella atractiva metrópoli. ¿Por qué? Esta es una de las páginas más cu- riosas de mi vida accidentada y merece la pena de una breve referencia. Habían ocurrido poco antes los trágicos sucesos del año 1909, y, al parecer, entre la correspondencia de algunos de los jefes de aquel movimiento se encontraron cartas mías. Por esta causa, y sin yo sospecharlo, el entonces ministro de la Gobernación, don Juan de la Cierva y Peñafiel, me fichó como hombre peligroso para la paz pública. Necesida-

des de la sólida preparación que estaba hacien- do, me obligaron a salir de León para Madrid. En aquel Gobierno civil se recibió al día siguien- te de mi partida un telegrama cifrado, interesan- do datos sobre los motivos de mi viaje y sitio para donde había salido. El gobernador tuvo el buen acuerdo de asesorarse del Inspector provin- cial de Sanidad y director de la Escuela de León, don Juan Morros, que había sido profesor y era amigo mío, quien le dijo la verdad sobre los proyectos que me traían a Madrid y dio mis señas en esta capital. Al señor la Cierva no se le dispararon por ello los recelas y me hizo el honor de poner a mi servicio dos inspectores de policía, el uno de parada permanente en la por- tería de mi casa y el otro para seguirme a todas partes. Yo no me había dado cuenta de nada de esto, ni tampoco de que me abrían toda la co- rrespondencia, porque durante aquellos días no me preocupaba otra cosa que prepararme bien para las oposiciones. Gracias a dos cartas de don Juan Morros, que llegaron a mi poder de una manera novelesca, pude enterarme de la vigilancia de que era objeto y me abstuve de realizar ciertas visitas, pues había orden de de- tenerme al salir de cualquiera de las casas que me estaban prohibidas y deportarme en el acto a Canarias. Bajo esta coacción, y teniendo que ingeniarme más de una vez para burlar la per- secución policiaca, realicé las oposiciones. Aun- que yo a nadie hice partícipe de mis inquietu- des, la noticia de lo que me estaba ocurriendo circuló por León lo suficiente para que llegase a oídos de mi pobre madre, ya enferma de gra- vedad, y recordando los procesos políticos que anteriormente había tenido, sintiera escalofríos de terror al solo nombre de Barcelona, que para ella significaba revolución, bombas, terrorismo, y me pidiera insistentemente que eligiera cual- quier sitio, menos "aquella ciudad del demonio". Y fue esta razón sentimental la que me hizo quedarme en Madrid, con gran dolor de mi alma, en vez de marchar a Barcelona; pero tan arra- gada estaba en mí la necesidad de ir bajo el patronato de Turró, que induje y casi obligué a aceptar aquella plaza, con la autoridad que me daba el haber sido su *maestro*, a nuestro gran Cayetano López, a quien tracé el camino que debía seguir y en el que ha obtenido frutos tan brillantes para él y tan honrosos para la Vete- rinaria nacional. ¿Y no es curioso que por una

pequeña diferencia de criterio sea yo veterinario en lugar de haber sido abogado y que por culpa de un hecho que me era ajeno sea periodista profesional en vez de ser bacteriólogo? A veces me pongo a pensar en lo distinta que hubiera sido mi vida lejos de esta lucha de todas las horas, en la soledad apacible del laboratorio, y no acierto a precisar si estos pensamientos me alegran o me entristecen.

Ya que no en otras cosas, en esta manera singular de habernos hecho veterinarios, tenemos Turró y yo cierta analogía, que no es extraña al cariño paternal con que siempre me honró el glorioso maestro, desde nuestra primera entrevista, celebrada mucho después de haberme decidido a realizar mi propaganda en favor de la unión de todos los veterinarios en una gran colectividad nacional. Aquellos discursos míos, tan inflamados por la vehemencia, fueron la tarjeta de presentación para Turró, y nunca olvidaré la cordialidad efusiva con que me acogió cuando fui, emocionado y anhelante, a estrechar por primera vez su mano en aquel despacho del Laboratorio municipal de Barcelona, donde tantos planes se trazaron y tanto y tan generosamente se soñó. Me bastó aquella entrevista para comprender que se calumniaba a Turró al acusarle insistentemente de que no se acordaba para nada de la Veterinaria. ¡Qué gran injusticia!... Mucho más cierto hubiera sido decir que no se acordaban de Turró los veterinarios, sobre todo los veterinarios de las alturas, que silenciaban sistemáticamente su nombre, cuando no ignoraban hasta su título y se sumaban a los que le llamaban médico. Después de aquella visita hablamos tantas veces de nuestros problemas y aprecié siempre en Turró tan aguda visión de ellos y tan amplio concepto de la Veterinaria, que me convencí de que era acaso el único de su generación que se había dado exacta cuenta de lo que puede y debe ser nuestra profesión en España, no obstante complacerse en repetir a cada paso que él no sabía, ni había sabido nunca nada de esta ciencia. Recuerdo, por ejemplo, que en una ocasión me contaba, con aquella gracia serena que hacía inimitable su conversación, el examen que había hecho de Anatomía en la Escuela de Veterinaria de Santiago, en el cual comenzó a describir con toda clase de detalles la clavícula del caballo,

hasta que el catedrático le atajó para decirle: "todo eso estaría muy bien si el caballo tuviera clavícula." ¡Qué admirable espíritu el de aquel hombre excepcional!...

Es evidente que Turró no se preocupó nunca de "empollar" las asignaturas de Veterinaria, y en ese aspecto estrecho tienen razón los que le hacen coro al repetir que era muy poco veterinario; pero ¿qué otra cosa que la más pura Veterinaria, por ser pura Biología, son sus estudios experimentales sobre circulación de la sangre, sobre bacteriología, sobre inmunidad y sobre anafilaxia, sin citar aquellos otros propiamente veterinarios, como sus investigaciones

LA
CIRCULATION DU SANG

EXAMEN CRITIQUE DE LA THÉORIE RÉGNANTE

SUR LE

MOUVEMENT CIRCULATOIRE DU SANG

ET

ESSAI SUR LA THÉORIE PAR LAQUELLE ON DOIT LA REMPLACER

PAR LE

D^e RAMON TURRÓ

TRADUIT DE L'ESPAGNOL

Par **JULES ROBERT**

Docteur en médecine des Facultés de Madrid et Paris

"Quelle plus grande découverte que celle de la circulation du sang! et pourtant quelle plus infertile pour la médecine! Qui donc serait assez insensé pour prétendre que cette opposition est aussi réelle dans la nature que dans la science? La simple remarque de ce désaccord invraisemblable ne suffit-elle pas, au contraire, pour jeter la défaveur la plus méritée sur la théorie de la circulation telle qu'on l'enseigne depuis Harvey?"
[THOUSSEAU, *Thér. Méd. Antiph.*, p. 691.]

PARIS

O BERTHIER, LIBRAIRE-ÉDITEUR

104, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 104

1888

acerca de la tuberculosis bovina y sus famosos preparados opoterápicos? Todos los que conocen un poco la Veterinaria en Cataluña se sorprenden de la gran cantidad de compañeros que allí se dedican exclusivamente a los trabajos de laboratorio y comprueban que es raro el veterinario rural en aquella región que no maneja con soltura el microscopio, los cultivos y las estufas y que no realiza con precisión el diagnóstico bacteriológico en la clínica y en el matadero. Pues toda esa elevación cultural de la Veterinaria catalana se debe exclusivamente a Turró, que acogió siempre en su laboratorio a los veterinarios con singular predilección, y que lo mismo durante sus famosos cursos prácticos que en los días corrientes, tenía a disposición de cuantos veterinarios acudían a él su ciencia profunda, su consejo sagaz y sus instrumentos de trabajo. Sin hipérbole ninguna puede afirmarse que Turró solo hizo más bacteriólogos veterinarios que entre todas las Escuelas de España juntas. ¿No es esto un hermoso apostolado veterinario, predicado y realizado con el ejemplo? Jamás negó Turró su título ni se avergonzó de llevarlo, y si corrientemente se le llamaba doctor, por consenso unánime de la opinión pública, él no se lo llamó nunca. ¿Y cómo iba a olvidar que era veterinario si a ello le debió la gran satisfacción de ingresar en el Laboratorio bacteriológico de Barcelona y el gran dolor de la mordacidad estúpida de los igorrotos que le combatían? “El concepto que la clase merece al pueblo —escribió Turró— es humildísimo; el que merece a las personas cultas, es de desprecio, y cuanto más *sabios*, peor. La cosa más fea que puede llamársele a un hombre para incapacitarlo, es decirle veterinario. Un sabio alemán que visitó el Laboratorio municipal de esta ciudad, me preguntó, profundamente sorprendido, si los veterinarios éramos gente de mal vivir. Algún *amigo cariñoso* debió decirle que yo era también veterinario y el buen hombre no comprendía lo que con ello le querían decir. Yo lo comprendí fácilmente, y salí del paso contestándole que tal vez el sujeto que le había hecho aquella confianza tenía de la profesión un mal concepto, porque le había engañado algún chalan. A este hecho, dado a conocer por el maestro en *La Veu de Catalunya* el año 1914, y ello prueba bien claramente que no ocultaba su título de veterinario, puedo añadir yo otro casi idéntico

ocurrido delante de mí. Un bacteriólogo japonés, después de una charla con Turró en el despacho del Laboratorio municipal, le preguntó a boca de jarro si en España era deshonrosa la profesión veterinaria, y Turró se limitó a contestarle sonriendo: “Eso es que viene usted del laboratorio del doctor X”. Y en todas las duras polémicas que en su vida científica sostuvo valientemente, sobre todo en defensa de la magnífica obra sanitaria que en Barcelona realizó, hubo de recibir como un insulto la palabra “veterinario”, a falta de argumentos más serios. Un espíritu mediocre hubiera reaccionado ante aquella avalancha renegando de su título; pero un espíritu selecto tenía que comprender que lo denigrante no era el título sino la estulticia de los que lo creían. Y así reaccionó siempre el espíritu de Turró, más amante de la Veterinaria cuanto más se le hacía sufrir por ser veterinario. “No hay que deplorar en silencio —sentenció, con frase lapidaria— estado tan afrentoso; hay que reaccionar por estímulos de patriotismo muy hondo y muy sentido, proclamando en voz alta, dondequiera que la ocasión se presente que los que marcan la Veterinaria con estigma de inferioridad, ese estigma lo llevan ellos en la frente, por vivir incrustados en pleno siglo XVIII.” Su reacción patriótica, frente a los insultos a la Veterinaria, consistió siempre en contribuir como el que más a aumentar el bagaje cultural de los veterinarios. Y eso lo saben muy bien, y lo agradecen profundamente, los veterinarios catalanes y sólo lo ignoran en España los que no se preocupan seriamente de hacer una Veterinaria grande.

Pero no fue únicamente en el terreno científico donde Turró realizó una obra puramente veterinaria, sino que la realizó también en el terreno netamente profesional, no habiéndola prodigado más porque su fina sensibilidad le permitió percatarse en seguida de que su actuación no era vista con buenos ojos por quienes más obligados estaban a recibirle con los brazos abiertos. Si yo no tuviera otros datos que me permitieran afirmar la efusión veterinaria de Turró, me bastaría con recordar la diligente atención con que siguió todas mis campañas y el cariño con que me exhortaba frecuentemente a no cesar en la lucha hasta lograr el triunfo del ideal. Cuando en 1916, profundamente amar-

gado por las miserias profesionales, publiqué mi "Adiós a la Clase", decidido a vivir apartado de nuestro movimiento social, tuve que oír resignadamente de labios de Turró las más severas recriminaciones y sus razonamientos, negán-

VERDAQUER

VINDICADO

POR

UN CATALÁN

Con un prólogo de E. MARQUINA



BARCELONA

LIBRERÍA ESPAÑOLA RAMBLA DEL CENTRE 26

1903

dome el derecho a abandonar, por muchas que fueran mis amarguras, la obra de regeneración iniciada, unidos a una filípica por carta de Martínez Baselga, mi inolvidable maestro, me decidieron a prescindir de los desencantos sufridos y a renunciar la lucha con nuevos ímpetus. Si a Turró no le hubiera preocupado la Veterinaria, ¿por qué iba a intervenir en estos asuntos de índole profesional? Solamente los que ignoran la vida de Turró pueden decir en serio que no pensaba en la Veterinaria. ¿No fue acaso el

primer presidente del Colegio veterinario provincial de Barcelona y actuó en su cargo con toda decisión y eficacia? ¿No llevaba desde hacía muchos años la dirección de la *Revista Veterinaria de España*? ¿No figuró como presidente del Comité de organización y propaganda de la IV Asamblea Nacional Veterinaria? ¿No pidió y obtuvo del Ministerio de Instrucción pública el nombramiento de director de la Escuela de Santiago a favor de don Tomás Rodríguez, para acabar con la anarquía que minaba la vida de aquella Escuela, en cuanto yo le expuse claramente la situación y su único remedio? ¿No trabajó en aquella misma ocasión cuanto pudo para lograr rectificaciones y ampliaciones en nuestra enseñanza? Y, sobre todo, ¿no están sus escritos y discursos profesionales, tan escasos en número como densos de doctrina, pregonando elocuentemente su visión aguileña de la Veterinaria y su constante preocupación por ella? Que yo sepa, sólo hay cuatro trabajos profesionales de Turró: el primero, de 1905, un discurso que se reproduce en otro lugar de este número; el segundo, en 1914, un artículo "La Escola de Veterinaria", aparecido en *La Veu de Catalunya*; el tercero, de 1916, otro artículo "La Veterinaria y la Sociedad", publicado en la *Revista de Veterinaria Militar*, y el cuarto, de 1917, otro discurso, el leído en la sesión inaugural de la IV Asamblea Nacional Veterinaria. A pesar de los años que separan entre sí estos trabajos, hay en ellos tal continuidad ideológica, que revelan la existencia en Turró de una convicción firmísima. Se ve claramente que no fueron hechos de cualquier manera, para satisfacer compromisos ineludibles, sino que son hijos de una observación profunda de los hechos y de una concepción genial para el porvenir. Y eso solo puede hacerse, respecto a cualquier problema, cuando se ha pensado en él durante muchas horas de muchos días.

¿Cómo veía Turró el estado actual de la Veterinaria en España? A través de todos sus trabajos profesionales se aprecia la gran inquietud que le producía este tema. "En España —escribía en 1905— lo menos que puede ser un hombre de carrera es... veterinario. Más que una profesión modesta se la considera como un oficio humilde; las invectivas que aquí se lanzan contra él en el teatro presentándole como el prototipo de lo

ridículo, en los países cultos o no se entenderían o provocarían una indignación universal: aquí hacen desternillar de risa. Las autoridades en sus relaciones con los ingenieros, los abogados, los arquitectos, les guardan los miramientos a que son acreedores por sus títulos; mas el título de veterinario en nuestra patria se cree que a nada obliga, ni siquiera en muchos casos a la buena educación. No se toman en serio sus informes técnicos, y ya que no puede rehusárseles su valor legal, se discuten sus asertos y se prescinde de ellos *cuando así conviene*. Las regiones que, como Cataluña, viven una vida más europea (según dicen, porque yo tengo mis dudas sobre el particular) que en otras de la península, si en algo se distinguen de las restantes en este punto es en acentuar su menosprecio, su desdén a la profesión veterinaria. Abundan aquí, vosotros lo sabéis bien, cierta clase de *soi disant* intelectuales, que creen injuriar a un hombre cuando le pueden llamar *manescal*. En las regiones centrales, donde la agricultura es la única fuente de riqueza, y en todas aquellas en que la ganadería abunda, no es tan bajo ni tan despreciativo el concepto en que se tiene el profesor veterinario, que, antes bien, goza de un mayor prestigio". "Las clases directoras que han creado tan deplorable estado de cosas —añadía en 1914— sin tener en cuenta que es obra exclusivamente suya tratan a los veterinarios con irritante desprecio. Día tras día van cercenándoles atribuciones y van hundiéndoles más y más. Su descrédito oficial llega ya al colmo. Sea que los agrónomos disfruten de mayor prestigio, sea que tengan más influencia en determinadas esferas donde se alcanza todo, lo cierto es que van apoderándose poco a poco de los servicios remuneradores, llevándonos sin piedad a la ruina. Los médicos, que delante de un veterinario, se consideran seres incomparablemente superiores, hacen de su parte todo lo posible, para apoderarse de servicios municipales, que son de la competencia de los veterinarios. El ambiente social favorece las ambiciones desmedidas de los agrónomos y de los médicos. En España es general la creencia de que un veterinario no es un técnico ni un profesional digno de consideración. Más que un individuo que cumple con su cometido parece una *cosa* que no tiene razón de existir". "La clase veterinaria, en mi sentir —insistió en 1916— no



ocupa el lugar que le corresponde en la sociedad española. Aquí domina sin trabas el concepto de las antiguas jerarquías y no hay manera de desarraigar el prejuicio de esas jerarquías. Un ingeniero es socialmente considerado como un hombre de vastos conocimientos y de mucho ingenio; un arquitecto es, ante la sociedad, un hombre excepcional, que hace brotar de la tierra casas y palacios, un farmacéutico se nos aparece como un mago conocedor de arcanos y secretos profundos de la química; un médico es conceptualizado como la Providencia que vela por nuestra vida; un abogado, como el brazo tutelar de nuestros intereses; y hasta al político de oficio, al político profesional, se le considera padre y salvador de los destinos de la Patria. Bien cribado todo esto, y sometido al análisis sereno de la crítica, tal vez hallaríamos que ni el ingeniero, ni el arquitecto, ni el farmacéutico, ni el médico, ni el abogado, ni el político, son realmente merecedores de desempeñar el papel ele-

vado que en nuestra sociedad representan. Pero, seanlo o no, su jerarquía viene impuesta y consagrada por largos años y nadie la discute. La garantía de su intrínseco valer está en el título, y aunque el nombre no hace la cosa, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos, ello es que con el título se cierra toda discusión y que a su mágico conjuro la sociedad concede patentes de valía profesional. El veterinario también posee un título, mas por rara paradoja, ni social ni legalmente es conceptualizado en un nivel científico mayor que el que tenían los antiguos judíos cuando practicaban la medicina o los barberos en su habilidad de cirujanos. La jerarquía del médico se enalteció con el progreso de los tiempos, y así lo comprendió la masa social al percatarse de que sus funciones son de una importancia extraordinaria y en cierta manera augustas; mas no ha ocurrido eso con la Veterinaria en nuestro país. Nuestras clases directoras, como si viviesen en el Limbo, no han llegado a conocer ni a darse cuenta de que en todos los países cultos la ciencia Veterinaria ha llevado a cabo una revolución tan transcendental como la de la mecánica, la física o la química, dentro de su respectiva esfera. De esa renovación no se han enterado y con la mayor ingenuidad y buena fe siguen creyendo que el veterinario es un ente sólo apto para curar los retortijones de la burra del tío Antón, para ponerla una herradura o para sacar con la cuerda el feto de la vaca que malpate. Esto es lo que creen nuestras clases directoras de acuerdo con el vulgo de las gentes. Ya se comprende que desde ese punto de vista es muy natural que al legislador todo le parezca poco para mermar atribuciones al veterinario, confiándolas al farmacéutico, al perito agrónomo o al médico, y que semejante injusticia no subleve a nadie más que a las víctimas de ella. Resulta también muy natural que cuantos desde la cumbre de su jerarquía profesional hablan del veterinario se sonrían socarronamente, y resulta igualmente comprensible que se le tenga arrinconado en el teatro social, como en otro tiempo lo fueron los judíos o los herbolarios y drogueros que preparaban los fármacos". Nadie ha expuesto con mayor elocuencia la injusticia del trato que la sociedad y las autoridades dan al veterinario en España, y en la insistencia con que aborda el tema en todos sus trabajos profesionales palpita la gran preocupación que el

hecho le producía.

Si "precisamente la Veterinaria salió de España", como dijo en uno de sus artículos, recordando las maravillas hechas durante el Califato de Córdoba, y fue respetada de todos durante el periodo empírico, ¿por qué cayó después en tamaño descrédito? Este es un punto que también preocupó mucho a Turró, ansioso de estudiar todos los aspectos de nuestro problema profesional, y en él me hizo el gran honor de coincidir con mis opiniones y prohibirlas. "Está en lo cierto mi amigo Gordón Ordás, actual Inspector de Higiene pecuaria de Madrid—escribía en 1914— al afirmar que la decadencia de la Veterinaria española comenzó con la fundación de las Escuelas. Al poner el Estado español sobre ella sus manos pecadoras, secó sus brotes. Y esto no son fantasías de cerebros trastornados por vientos de revuelta. Son hechos que se imponen. Diríase que su único ideal es hacer de la administración pública asilo de los vivos o de los impotentes y desvalidos sin preocuparse para nada de los servicios veterinarios. Recuérdese, sin ir más lejos, ese funesto artículo 12 del Real decreto del señor Alba. Hoy, como ayer, en este ramo de la Administración pública, como en muchos otros, sigue siendo verdad el dicho de un poeta: "Tantos hombres sin empleo, tantos empleos sin hombre". Sin las Escuelas, como la necesidad no tiene ley, por selección natural, se habrían asimilado poco a poco los progresos modernos a medida que nacieran. Al levantarse unos sobre otros y ser tangibles sus beneficios, el estímulo se habría extendido entre los vecinos, primero, por la comarca, después aunque rezagados, habríamos ido progresando. ¿Queréis que una rutina se olvide? Demostrad prácticamente que trae cuenta el dejarla. ¿Queréis que un procedimiento industrial, agrícola o pecuario, sea abandonado? Enseñad otro que rinda mayores beneficios. Los que declaman con brillantes discursos contra la rutina son los verdaderos rutinarios, porque pretenden que las labores de un oficio que nos da el cotidiano sustento sean modificadas sin poner de manifiesto las ventajas que produciría tal modificación. Pero las disquisiciones retóricas y filosóficas a nadie convencen y se oyen como quien oye llover. Si en España se hubiese dejado la Veterinaria abandonada a sus propias

fuerzas e iniciativas habríamos progresado, por lo menos, tanto como han progresado muchas otras artes y oficios. Pero vino el Estado y, con soberana petulancia, decretó la reforma del 47, la del 54, la del 71 y, finalmente, la de 1912, engañando a la gente y diciéndola: te enseñaré Zootecnia; te enseñaré Bacteriología; te enseñaré todo cuanto se enseña en las Escuelas del

pronto. El Estado, al engañar al país tan tontamente, le ha ocasionado un doble mal: le ha cobrado con exceso una enseñanza falsa, por ser verbal, y a la vez le ha impedido que la aprendiese por sí mismo". Y aún añadía, en 1916, completando el estudio de las causas, lo siguiente: "Este menosprecio y este desdén con que la sociedad nos mira, es actualmente injusto; pero, haciendo examen de conciencia, hemos de reconocer, hablando con toda sinceridad, que gran parte de nosotros hemos luchado muy poco para desvanecer esos prejuicios y hacernos acreedores a una mayor consideración social. Es este mundo, como dice donosamente el travieso Crispín de "Los intereses creados", mundo de toma y daca, Lonja de contratación, donde antes que pedir hay que ofrecer, y nosotros (convengamos francamente en ello) hasta hoy habíamos ofrecido poco. Hasta muy modernamente las Escuelas de Veterinaria eran poco menos que fábricas de herradores con título; la inmensa mayoría de sus alumnos acudían a ellas con una cultura general rudimentaria y con la única pretensión de conseguir un título que les concediese el casi privilegio de poder herrar, y digo casi, porque en la práctica se lo discutían y mermaban los intrusos". No es posible señalar con menos palabras las dos causas, que yo siempre consideré como fundamentales en nuestro desprestigio social: la mala enseñanza que se da en las Escuelas de Veterinaria y la poca preocupación de la mayoría de los veterinarios por los altos problemas científicos, y excuso decir hasta qué punto me enorgullece la coincidencia conmigo de la alta mentalidad de Turró. Pero aún hay otra causa, derivada de las dos anteriores, que Turró vivió antes que nadie, pues ya la señalaba con inimitable justeza y elegancia en 1905, y es el poco beneficio que la Veterinaria clásica reportaba a la humanidad. "Realmente, hasta el siglo XVIII —escribía Turró en dicho año— la profesión veterinaria fue modesta, humildísima; los intereses que defendía eran siempre de menor cuantía. Herrar un caballo o mejorarlo de un cólico, cuando podía, era defender un capital exiguo; cortos debían ser sus honorarios, desmedradas sus pretensiones". Los progresos enormes realizados durante el siglo XIX en Bacteriología y en Zootecnia, que Turró sintetiza con magnífica precisión en el discurso que se publica en este número, abrieron colosalmente el

LES ORIGINES

DES REPRÉSENTATIONS

DE

L'ESPACE TACTILE

PAR

R. TURRO

Extrait du *Journal de Psychologie*, des 15 novembre
et 15 décembre 1920

PARIS

LIBRAIRIE FÉLIX ALCAN
108, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 108
1920

extranjero... ¡Y no ha hecho nada de esto! Puso en las cátedras a profesores dignísimos, que están a la altura de su misión, pero que carecen de elementos para hacer la enseñanza fecundamente práctica, y por esto, a pesar de todo su buen deseo, la juventud sale de las aulas sin una instrucción sólida, porque en estas cosas la palabra es como la espuma que sube y desaparece

campo económico de la Veterinaria, y por eso desde entonces comenzó a gozar de un prestigio en todas las naciones, que en España no alcanzaba, porque los veterinarios persistían generalmente en su modesto papel de clínicos y de herradores, y en esto no eran una excepción deshonrosa, porque casi toda la nación, adormecida desde el siglo XVIII, estaba al margen de los grandes cambios verificados en el mundo.

Pero la Veterinaria lleva una porción de años intranquila en su estado de preterición, y este hecho no podía escaparse a la clarividencia del insigne maestro. "No existe en España clase alguna —escribió en 1914— que tenga tan clara conciencia de su miserable estado como la Veterinaria, ni ninguna otra que sienta deseos tan vehementes de progresar y de enaltecerse". "Hoy, por fortuna —insistía en 1916— este estado de cosas ha cambiado radicalmente en Veterinaria; ha evolucionado por nuevos derroteros, dando un salto gigantesco hacia su regeneración. Los jóvenes acuden a las Escuelas con un bagaje científico igual al de los médicos, abogados y farmacéuticos, ansiosos de adquirir sólidos conocimientos de Bacteriología, Zootecnia, Inspección de alimentos, etc., que les permitan luego ocupar cargos bien retribuidos en mataderos, laboratorios y explotaciones pecuarias. La práctica del herrado se acepta como un mal necesario todavía, pero del que se procuran sustraer del mejor modo posible, porque el yunque y el martillo compaginan mal con el manejo de los reactivos y del microscopio. Esta evolución en las aspiraciones de la clase es indudablemente el primer paso dado en firme para conquistar la consideración social. El mundo mide el valor de las personas y de las cosas por el grado de utilidad que reportan. Mientras el veterinario se ha limitado a ser el "maestro herrador", ha contribuido a esa utilidad general casi en idéntica medida que los demás oficios manuales, y la sociedad ha creído, en parte con razón, que pues la Veterinaria se vinculaba esencialmente en la práctica del herrado, no eran dignos de mucha consideración quienes poseyendo un título científico, se dedicaban a tan humildes menesteres. El veterinario de antaño, cuya ciencia se reducía a herrar un caballo o a tratar un cólico, reportaba a la colectividad un beneficio muy limitado, su utilidad era exigua, porque defendía un

capital muy insignificante. En cambio, el veterinario de hoy, que tiene aptitud para dirigir desde una granja agrícola y pecuaria, la cría, fomento y mejora de los animales domésticos, aplicando a su explotación racional los principios de la ciencia zootécnica produce una riqueza mayor; el veterinario que vacuna un rebaño contra el carbunco o una piara de cerdos contra las enfermedades rojas o que merced a las inyecciones reveladoras descubre un foco infeccioso que si se propagase produciría enormes pérdidas, defiende una riqueza mayor todavía; y el veterinario que desde un matadero o un laboratorio analiza e inspecciona los alimentos, evitando con ello graves trastornos de la salud pública, defiende la riqueza mayor de todas: la vida de los pueblos. Cuando la sociedad se haya percatado de las elevadas funciones que puede desempeñar el veterinario moderno; cuando conozca que éste puede contribuir en alto grado a la riqueza y al bienestar de los pueblos, entonces nos otorgará a manos llenas la consideración que ahora nos regatea. A destruir los prejuicios imperantes, a lavar ese pecado original de los primeros tiempos de la Veterinaria, debemos contribuir todos, exponiendo públicamente en la prensa diaria, en sociedades científicas y en todas partes en que se nos presente la ocasión, lo que es y significa la Veterinaria de hoy y el modo eficaz con que, impulsando el desarrollo de la ganadería, contribuye a la riqueza de los pueblos. Ofrezcamos, sembramos primero, y luego en justicia podremos exigir y recoger el fruto de nuestros desvelos". "El sentimiento de su inferioridad —ampliaba en 1917— quizás ninguna clase de la sociedad española lo siente tan vivo como la clase veterinaria. Tenemos conciencia de que estamos lejos todavía de desempeñar en la comunidad social el papel que nos corresponde. De ahí el afán de capacitarnos por el estudio y el trabajo. Esto explica el éxito creciente de esas grandes revistas profesionales que en España vienen publicándose de unos años a esta parte, admiración de propios y extraños, que por su valía intrínseca se han ganado el intercambio universal. Compárese la seriedad y la amplitud de miras con que son redactadas estas grandes publicaciones, la abundancia de sus trabajos originales, el espacio que en ellas se reserva a la versión de todo cuanto en el extranjero ve la luz, con

las publicaciones de otros tiempos y se verá hasta qué punto ha mejorado el nutrimiento intelectual de nuestra clase. Esto explica también el afán que nos mueve a congregarnos a menudo con ser esto tan difícil y costoso. Deseamos mancomunar los esfuerzos dispersos y crear una resultante que levante a la clase de la abyección en que vivió mientras creía que la Veterinaria moderna sigue siendo la antigua albeitería, y la verdad es que lo vamos consiguiendo. Así damos fe de vida ante el país que no tiene una idea muy clara de la misión altísima que las sociedades modernas confieren a nuestra profesión y damos fe de vida ante los poderes públicos induciéndoles a emprender reformas, fecundas para la vida de la nación, en las que nadie soñaba en otros tiempos. Con ese empeño por norte, insensiblemente nos vamos alejando del misérrimo estado en que vivíamos y nos inunda el espíritu aquella satisfacción interior de que habla la ordenanza militar. Nos sentimos más fuertes y más dignos a medida que acrecentamos nuestro patrimonio cultural y aun cuando pase en buena parte inadvertida la labor ímproba que venimos realizando y graviten sobre nuestra profesión, Cenicienta de todas las profesiones, los prejuicios y preocupaciones de otros tiempos, nos complace pensar en las soledades de nuestra conciencia que no las merecemos ya. Difícilmente se va abriendo camino en la peña de tanto prejuicio y tanta preocupación el trabajo de regeneración que venimos realizando en el silencio y en la obscuridad, ambiente propicio a la práctica de las grandes virtudes. Mas, aun cuando sintamos el desvío con que se nos mira, nos colma de satisfacción el hecho de que ya apunten en nuestro país quienes reconozcan que la Veterinaria es un factor esencialísimo para la regeneración del patrimonio nacional, un factor indispensable para la vida de la nación. Justa o injustamente, podrá desconfiarse de la valía del veterinario bajo la obcecación de que continúa siendo el albéitar de antaño; pero debemos felicitarnos de que aparezcan en nuestro país ilustraciones superiores, abiertas a la luz de esa ciencia nueva que tanto ha contribuido a la transformación de las naciones más poderosas de la tierra, que proclamen que hay que contar con la Veterinaria, practicada a la moderna o tal como es hoy, para rehacer nuestra hacienda pecuaria y para salvaguardarla de asolamientos

epizooticos y hay que contar con ella para la implantación de las industrias derivadas hoy aspirantes en manos de un grosero empirismo; al reconocer esta verdad se ha dicho que si no hay en España Veterinaria precisa crearla. Sobremanera nos place que así se piense y se diga aunque nos duele en el alma el desconocimiento del nuevo ideal que en nosotros germina. El problema de la Veterinaria en España es un problema vital y de urgencia; es también un problema de patria. La vida de un pueblo depende, como la vida de una familia, de su patrimonio, y el patrimonio verdadero de España no he de decirlo donde está: en su suelo, en el aire que orea su vegetación, en el sol que la fecunda. Y si esto es así, yo os pregunto: ¿concebís una agricultura próspera sin la cría y la recría de abundante ganado? y ¿quién ha de dirigir y fomentar esa cría y esa recría, quién ha de garantizar su conservación en los tiempos que corremos más que la ciencia veterinaria? Un prócer altísimo, el vizconde de Eza, tuvo la visión clarísima de este magno problema al formularlo con palabra lapidaria en estos términos: sin riqueza no hay patria; sin agricultura no hay riqueza; sin ganadería no hay agricultura y sin veterinario no hay ganadería". ¡Qué manera más honda de penetrar en la inquietud espiritual de la Veterinaria española de estos tiempos! ¡Cómo entendió Turró los motivos que nos han ido impulsando a abandonar el antiguo tono humilde y mendicante por el tono más noble y masculino de quien sabe que puede ofrecer riqueza a cambio de consideración social! La pobre y sufrida clase que nos legaron nuestros antepasados, y cuyo concepto aún perdura en el alma de algunos de nuestros hombres representativos de hoy, es ahora la digna y valiente clase de las ambiciosas aspiraciones. Llevamos veinte años reclamando insaciablemente más ciencia, más laboratorios, más granjas, más clínicas, porque hemos adquirido la plena conciencia de nuestra importancia en el mundo y queremos capacitarnos para desempeñar nuestro papel con toda perfección y eficacia. Este patriótico anhelo lo vio Turró clarívidentemente, por ser veterinario y pensar en la Veterinaria, como había visto antes por las mismas razones nuestra mísera situación ante el público y las autoridades y había desentrañado hábilmente las causas que la motivaban.

Pero después de estas fases de observación y de crítica, queda aún en este problema, como en todos los problemas humanos, una fase más trascendental, la fase afirmativa. ¿Por qué es injusto el trato social que se da en España a la Veterinaria? ¿Cuáles han sido las evoluciones de esta Ciencia para que sus oficiantes tengan derecho a reclamar otra jerarquía mucho más alta? ¿Qué honda revolución hizo en el mundo para colocarse al nivel de las más importantes disciplinas económicas? ¿Cómo se la atiende y considera en las naciones más adelantadas? A estas preguntas, que muchas veces debió plantearse Turró, supo contestar con tal profundidad en el concepto y tanta belleza en la forma, que maravilla. Ya en su discurso del año 1905, según puede verse en otro lugar de este número, es decir, en una época en que apenas habían sonado en España las voces sueltas de un Gallego, de un Casas y de un Molina, cuando la profesión veterinaria estaba completamente entregada a disfrutar la miserable herencia que le legó la albeitería, formuló su penetrante doctrina sobre el porqué de la diferencia de trato, después de preguntar a los veterinarios que le escuchaban: "¿habéis reflexionado alguna vez, cuando os han herido en vuestra dignidad profesional, las razones que puede haber para explicar que en las naciones progresivas se levante un pedestal a la profesión veterinaria, y hasta los nobles más linajudos en algunas de ellas la estimen como un honor, y aquí en nuestra patria, en esta pobre España que en nada contribuye actualmente a la obra magna de la civilización moderna, se la mire con tanto desdén?" La contestación a esta interesantísima pregunta, que constituye todo el discurso mencionado, está íntegra en otras páginas de este número, y seguramente habrá sido ya bien saboreada por mis lectores. Sin embargo, aun profundiza más el sabio maestro sobre este asunto y sobre nuestros ideales en su grandilocuente discurso de 1917, que ha de ser como un breviario para las nuevas generaciones veterinarias. Aunque este gran discurso, que es la última obra profesional de Turró, lo recordarán la mayoría de los compañeros, por haber sido leído en la primera sesión de nuestra IV Asamblea Nacional, me es indispensable reproducir en este artículo toda su parte constructiva, porque es lo que mejor revela la amplísima concepción que Turró se había formado del proble-

LA BASE TROFICA DE LA INTELIGENCIA

CONFERENCIAS DADAS EN
LA RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES LOS DÍAS 12 Y 14
DE NOVIEMBRE DE 1917

POR

R. TURRO



• PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE I.—VOL. 4.

M A D R I D

1918

ma veterinario. Escuchad las palabras del maestro y meditaad sobre ellas con amor:

"Sin temor —empieza diciendo— de incurrir en vanos verbalismos, que ya no convencen a nadie, bien podemos afirmar que el ideal que perseguimos y nos impulsa a atesorar un mayor caudal de esa ciencia viva que ha enriquecido a tantos pueblos, es el más noble y el más santo de los ideales: el ideal de patria. Y es por esto que nos afanamos en instruirnos, aprendiendo lo que nos enseñaba la antigua albeitería, para suministrar a nuestro pueblo nuevos elementos de vida que mejoren su hacienda, porque si bien es verdad que hay pueblos que mueren a mano

airada, también lo es que los hay que mueren de consunción por agotarse sus medios de vida y ese trágico fin no sería digno de nuestra historia. Todos debemos contribuir, cada cual en su esfera, a robustecer los resortes internos que crean riqueza y con ella bienestar. La riqueza es a la nación lo que la nutrición al individuo. Una nación puede informarse hoy en ideales diferentes y aun contrapuestos a los que ayer la informaron; pero a través de esas mudanzas hay en ella algo de básico y permanente, algo intangible que no muere más que en la nación misma, por pasar entonces a manos extrañas: aquello de que vive y perpetúa la raza a través de los siglos. Vosotros me diréis si el patrimonio pecuario de España es lo que debiera ser y si hay o no necesidad de levantarlo; vosotros me diréis si es posible levantarlo sin destruir la albeitería y crear una Veterinaria apta y concienzuda de la misión que le compete desempeñar, y reconocidas estas verdades convendremos todos en que el problema de la Veterinaria en España es pura y sencillamente un problema de patria.

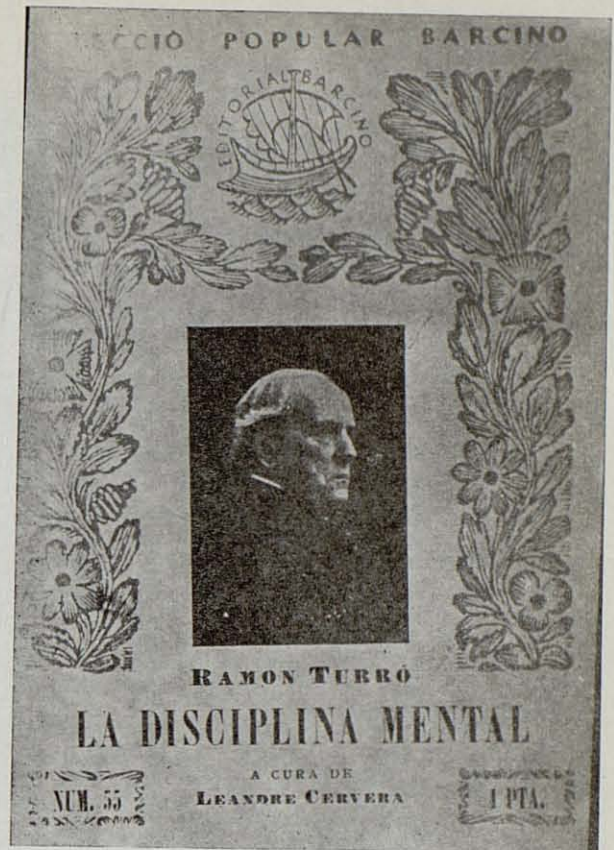
“Con manumitirnos del vergonzoso pecado de albeitería y adquirir las actitudes científicas suficientes para el mejoramiento de la hacienda pecuaria y prestar a la Higiene pública los incalculables servicios que la Veterinaria moderna presta en las naciones progresivas, no habríamos conseguido gran cosa si no nos esforzásemos en cambiar radicalmente la opinión que en nuestro país se tiene de la Veterinaria sin distinción de clases, salvando siempre honrosísimas excepciones. En este punto vivimos en España en pleno siglo XVIII. Lo mismo las clases cultas que las incultas no se han enterado todavía de lo que ha ocurrido en el mundo durante el siglo XIX respecto de nuestra profesión; con la mayor buena fe se sigue creyendo que el veterinario de hoy sigue siendo el albéitar de ayer de quien no cabe esperar otros servicios que el tratamiento más o menos intervenido por toda suerte de intrusos de los animales domésticos y el herraje de las caballerías. De ahí que esa profesión sea considerada socialmente como inferior y al que la ejerce como el mixto de curandero y chalán y herrador que la tradición legó.

“A principios del siglo XIX se encontraban los médicos en España en una situación más

precaria todavía de la que se encuentra en la actualidad la clase veterinaria. Los documentos sacados a la luz por el doctísimo catedrático de la Universidad de Granada, doctor Escribano, ponen de manifiesto las vejaciones inauditas de que eran objeto, sobre todo en el centro de España, médicos y cirujanos. Ni unos ni otros podían gozar de los derechos de vecindad ni figurar en los Ayuntamientos. Las contratas de que vivían eran retribuidas pésimamente, a pesar de obligarles a un trabajo penosísimo; de ellas quedan todavía rastros en algunos partidos rurales. Las cátedras estaban vinculadas; lo estaban también los destinos palaciegos. Levanta un hervor de indignación en toda alma generosa la desconsideración social de que era objeto la clase médica en aquellas fechas relativamente próximas... Mas ella se levantó de la abyección en que vivía, conquistando en la sociedad el puesto que le es debido, y a ello contribuyó de una parte el sentimiento de la propia valía y de otra el espíritu de renovación que trajo la Revolución francesa en la vida de los pueblos. Ese espíritu de renovación, si ha sacudido a la clase veterinaria despertando en ella el anhelo de una mayor cultura, no ha llegado desgraciadamente hasta los clases directoras de la sociedad española, ni ha trascendido a la masa social. Ellas no se percataron, por lo general, de que la ciencia veterinaria desde mediados del siglo XIX venía experimentando la misma evolución que había experimentado la Mecánica a partir de Galileo, la Física con Newton y la Biología con los grandes anatómicos del Renacimiento y los que le siguieron y la implantación del método experimental. Como la ciencia experimental ha transformado al mundo al cambiar radicalmente las condiciones económicas en que vivían los pueblos, así la ciencia veterinaria, siguiendo por el mismo camino en que aquélla avanza y evolucionando en la misma forma, abrió veneros de riqueza ocultos hasta entonces, al fijar las leyes a que obedece la cría y la recría del ganado, las leyes a que obedece el mejoramiento de las razas, al reducir a un problema mecánico el problema de su alimentación, al descubrir los medios de prevenir las devastaciones epizooticas, al reducir, en suma, el problema de la riqueza pecuaria a un simple problema industrial. Nuestras clases directoras (y dicho sea sin ofensa de nadie) no se percataron de esa inmensa,

de esa enorme evolución de la Veterinaria en el siglo próximo pasado y mientras España siguió explotando su patrimonio pecuario con los procedimientos de la antigua albeitería, cuantas naciones se aprovecharon de los progresos de la nueva ciencia vieron crecer el suyo de una manera exuberante, y mientras España no supo crear las múltiples industrias derivadas del incremento de tanta riqueza, aquéllas hallaron en ellas minas de oro inagotables. Y así ha ocurrido, señores, que mientras nosotros casi no nos hemos movido de donde estábamos, aquéllas han subido por encima de nuestras cabezas más y más cada día y así hemos quedado como en el fondo de un pozo del que nos será muy difícil salir. ¿Por qué ha sucedido esto? Porque el país y sus clases directoras no han sabido transformar el albéitar en veterinario, porque no ven todavía con claridad que más allá del albéitar, el progreso de estos últimos tiempos ha creado un hombre nuevo que es al albéitar lo que es el ingeniero moderno el capataz de los esclavos romanos en la explotación de una mina de cobre o de hierro.

“Mientras el albéitar no dispuso más que un caudal de conocimientos empíricos de una eficacia práctica siempre azarosa y discutible, cualquiera que los hubiere adquirido a su vez por su experiencia personal podía con él hombrarse de igual a igual; no les separaba más que un título oficial y un título es un papel sin valor cuando no garantiza la posesión de una ciencia superior; de ahí que con título y sin título, el albéitar no fuese más que lo que era en realidad y se resignase con su suerte, ya que la sociedad no vive de ficciones. Mas el día que el veterinario, debidamente asesorado por un caudal de ciencia que ni en sueños vislumbró el albéitar, pudo presentarse ante el ganadero aterrado por un estrago epizoótico y decirle: yo sé cómo puedo preservar tus rebaños de la devastación carbuncosa, porque conozco la causa de esta enfermedad y la manera de prevenir sus efectos; yo sé cómo se ha de proceder para salvar tus pjaras del mal rojo y aun curarlo en los atacados; yo sé cómo puedes prevenir el aborto epizoótico de tus vacas y el muermo de tus cuadras; cómo debes proceder para librar tus corrales del cólera aviar o de la difteria, aquel día, ante el salvador de su riqueza, comprendió que mediaba entre el albéitar que había conocido y que todo



se lo explicaba muy de corrido y llanamente por los aires deletéreos, por la humedad o la influencia de la luna, y el hombre lastrado que se le aparecía bajo la forma de una Providencia, una diferencia análoga a la que media entre el que expende un fármaco sin conocerlo más que de nombre y el químico que sabe elaborarlo. “Tu valor, pudo decirle al primero, no va más allá del caballo que salvas o de la vaca que malpare cuando aciertas; mas el tuyo, pudo decirle al segundo, crece en la misma medida del valor de la hacienda que salvas y es por esto que reconozco en tí una superioridad que no puedo reconocer en el otro”.

“Con garantizar, y con el mejor de los seguros, el capital pecuario se acrecienta su valor por manera formidable y así observamos que aumenta desmedidamente con rapidez en todas las naciones que aplicaron ávidamente tan prodigiosos descubrimientos. No lo doblaron; lo quintuplicaron y algunas de ellas lo decuplicaron. Yo os recordaré, sólo por vía de apunte, que en 1871 la República francesa, al hacer el

inventario del desastre, se halló con tres millones escasos de cabezas de ganado vacuno y en 1893 se hallaba ya con catorce millones, con cuyo valor, mal contado, podía cubrir más de la mitad de la indemnización de cinco millones de millones que tuvo que pagar. Como ese ganado hubiese corrido los mismos riesgos inevitables que corría antes, cuando el veterinario francés no era más que un simple albéitar; si el poderoso aliento de la escuela pasteuriana no le hubiese arbitrado con recursos para prevenir la expresión de la peste bacteridiana, del carbunco sintomático, de la septicemia gangrenosa, ¿hubiera sido posible el incremento fabuloso de esa riqueza?

“A la vista de tan grandes beneficios ¿cómo podía el país que los recibía seguir considerando al veterinario como el mismo titular humilde de otros tiempos, mitad chalán y mitad herrador, si por sólo este hecho, aparte de otros, esa profesión se hacía por sí misma inestimable? Y si tenemos en cuenta que los que se agruparon en torno de Pasteur, secundando con amor ferviente su obra inmortal y le defendían de agresiones incomprensibles de altísimas mentalidades médicas eran veterinarios en su mayoría; si recordamos que buena parte de esos descubrimientos fueron debidos a esa cohorte gloriosa de veterinarios que se llamaron Chauveau, que se llamaron Bouley, que se llamaron Arloing, que se llamaron Nocard, Toussaint, Cornevin, Thomas, etc., etc., para no hacerme interminable, ¿cómo dejar de comprender que nuestra profesión fuese elevada en la nación vecina a una más alta jerarquía y se abriesen al veterinario, árbitro de tanta maravilla, todas las puertas, lo mismo en la cátedra que en las más altas corporaciones? ¿Cómo asombrarse de que un Chauveau, por ejemplo, fuese llevado a la presidencia del Comité de Salud Pública, la suprema corporación sanitaria de Francia? ¿Qué hombre de sano juicio podía escandalizarse de los nuevos crecidos sueldos que se les señalaban por parte del Estado y de los Municipios, si al fin y al cabo no era esto más que el reconocimiento de un valor real que a pulso se habían ganado?

“No he de recordar que la conservación del capital pecuario por las prácticas sanitarias y las aplicaciones de la Bacteriología, es sólo uno

de los sectores de la medicina veterinaria, que, con ser de gran valía no reviste mayor importancia, sin embargo, que esa fuente copiosa e inagotable de riqueza que conocemos con el nombre genérico de Zootecnia. Si la Higiene Veterinaria, que tanto estulto confunde con la Higiene Humana, trata de evitar los riesgos eventuales que corre el capital pecuario, la Zootecnia trata de crearlo según planes metódicos sabiamente inducidos de una investigación rigurosamente científica. En realidad esta es la verdadera ciencia del veterinario; con ella se creó una nueva profesión y con ella se dignificó. Para la selección, cría y recría del ganado y para su alimentación, no existió en los tiempos de la antigua albeitería más que un vago ciego empirismo perpetuado por una tradición más o menos sana o viciosa según las comarcas; mas el día que las reglas pudieron transformarse en leyes, el día que los problemas zootécnicos pudieron formularse con la misma estabilidad y fijeza con que se formulan los problemas mecánicos, el veterinario cambió de profesión. Ya no fue el titular empírico que no desbrozaba los hechos de las prácticas supersticiosas en que venían envueltos: fue quien avaloró los hechos y trató de explicarlos con criterio científico. A partir de ese momento la albeitería muere y nace la ciencia veterinaria, como el día en que Lavoissier estatuye la balanza como el medio de valorar las transformaciones de la materia, muere la alquimia y nace la química. Es un método nuevo, una nueva visión de los hechos, otra manera de comprenderlos y estudiarlos, lo que crea la ciencia veterinaria.

“La primera nación que se apercebó de esas nuevas orientaciones, desde sus primeros vagidos, fue Inglaterra. Poseedores los grandes lores de aquel país de vastísimas comarcas y habituados a vivir en su hacienda, siempre tuvieron a grande orgullo poseer las razas más especializadas y puras de todo género de ganado. Esa afición vino recayendo en las indígenas desde antiguo; pero luego fueron aclimatadas las exóticas; un buen número de las que aquí se han extinguido renacieron en Inglaterra. Pronto comprendieron los hombres ilustres de aquel país el inmenso provecho que a la nación podía reportar la nueva ciencia y como para ello precisaba cultivarla y la albeitería estaba allí punto

más punto menos como estaba aquí, resolvieron crear una nueva profesión. Al efecto, sobre un pie esencialmente práctico, instituyeron los Colegios de Veterinaria, no como dependencia del Estado, sino bajo el patronato de treinta y dos lores presididos por el príncipe de Gales, y como el título que en ellos se otorgaba, conclusos los estudios, fue considerado como un signo de distinción que podía ostentarse con orgullo, llenaron las aulas de esos Colegios buena parte de la nobleza inglesa, oficiales de la milicia y, en general, personas significadas o que aspiraban a serlo. Y así es como los "gentlemen farmer" de Inglaterra se hicieron los profesionales de la veterinaria. Y como una vez abierto el camino siguió considerándose por el pueblo inglés la profesión veterinaria como profesión de señores, hoy se da el caso en Inglaterra de que al médico, se le llama médico a secas; al ingeniero, ingeniero; al abogado, abogado; pero al veterinario, sea noble o plebeyo, se le llama siempre el señor veterinario.

"Ved, pues, cómo la Veterinaria inglesa no fue a la montaña para redimirse del pecado de albeitería como va la española; fue la montaña la que vino a ella y la dignificó. La nobleza inglesa, por tantos títulos ilustre, entendió que la Veterinaria, con las nuevas orientaciones que tomaba al abrirse al ambiente fecundo de la ciencia moderna, podía constituir un factor importantísimo de la riqueza nacional. Y acertó en su sabia previsión y Dios bendijo su obra en lo porvenir. Ofendería vuestra ilustración si os hablase de cómo está la Veterinaria en Inglaterra, de sus servicios insuperables en Higiene Pecuaria, de su magna oficina de Industria Animal, de sus centros docentes y de investigación, de la pléyade de veterinarios ilustres que de ellos salieron, de la ciencia que han creado. Así empiezan y así acaban las cosas cuando un sano patriotismo las impulsa.

"Todas las naciones que son europeas por algo más que por su situación geográfica, evolucionaron como evolucionaron Francia e Inglaterra. En todas ellas dejó de considerarse la profesión veterinaria como una profesión inferior. No es que se la haya erigido en clase privilegiada ni siquiera en predilecta. Nada de esto; nadie aspira a tanto. Es que la sociedad ha comprendido que es un factor valiosísimo para la

prosperidad del país y le otorga lo que se merece. Si hubiera quedado embrutecida en su antiguo estado, seguiría relegada a la humildísima esfera en que se movió en otro tiempo; mas como se ha impuesto como uno de los ele-

D R . R . T U R R Ó

FILOSOFÍA CRÍTICA

VERSIÓN CASTELLANA
DE GABRIEL MIRÓ

ATENEA, S. E.
MADRID, MCMXIX

mentos necesarios para la vida de las naciones, como sus emolumentos han crecido en armonía con la importancia de sus servicios, como han salido de su seno eminencias científicas respetadas de todos, la evolución natural de las cosas rodeó a la Veterinaria de un prestigio en que no pudo soñar la vieja albeitería. Por lo mismo yo no os he de hablar de la consideración de que goza en Suiza y Holanda, ni os he de decir como Cavour la levantó en Italia, ni del orgullo con que ostentan su título los grandes terratenientes de esta nación en sus casas de campo, ni os he de referir cómo subviene Alemania a

sus centros de enseñanza y a sus centros de investigación, ni de cómo la Veterinaria va asociada en el último cuarto de siglo pasado y lo que va del presente, hasta el paréntesis trágico del año catorce, a la mayoría de los grandes descubrimientos en Bacteriología y Fisiología que en ese lapso de tiempo tuvieron lugar. La tarea sería larga y a más de larga inútil ya que es excusado hablar a convencidos. Sólo insistiré en el hecho de que los extranjeros que nos visitan no alcanzan a comprender esa preocupación de nuestro país respecto a la profesión veterinaria y si uno trata de hacérselo comprender, como ellos ya tienen olvidado el origen del médico, del veterinario, del farmacéutico, del picapleitos, de todas o la mayor parte de las profesiones liberales, tenidas por plebeyas o viles en otros tiempos, no entienden lo que se les explica y acaban por creer, no que la profesión tenga estigma, sino que los que la practican son hombres con estigma moral. Viven tan distanciados del criterio que aquí priva acerca de este punto, como reliquia de un pasado que no se ha borrado todavía, que o no se hacen cargo del prejuicio de nuestra sociedad o lo interpretan torcidamente. En ocasión en que corrió por la prensa la noticia de que Hindenburg era veterinario, le hablaba a un químico alemán, que me honró con su visita, del asombro que aquí había causado la nueva, y mi interlocutor que no comprendió por qué había de causarlo, me contestó con la mayor naturalidad: más generales veterinarios hay en el ejército inglés que en el alemán.

“El daño que acarrea a nuestro pueblo un prejuicio semejante es irreparable mientras ese prejuicio no se desvanezca será obra de patriotismo aunar todos los esfuerzos para combatirlo entre las clases cultas por el ridículo y entre las humildes por la persuasión, como fue una altísima obra de patriotismo la llevada a cabo por Virgil y Gimbernat respecto a la rendición de la clase médica española. No hay que deplorar en silencio estado tan afrentoso; hay que reaccionar por estímulos de patriotismo muy hondo y muy sentido, proclamando en voz alta donde quiera que la ocasión se presente, que los que marcan la Veterinaria con estigma de inferioridad, ese estigma lo llevan en la frente, por vivir incrustados en pleno siglo XVIII.

Y ahora permitidme concluir por donde debiera haber empezado. Me cupo el honor de llevar la voz de la Asamblea en esta solemnidad inaugural y al rendir un testimonio de ferviente gratitud al representante del Gobierno de Su Majestad el Rey, por la honra que nos dispensó al presidirnos, mi voz no es más que el eco del sentir unánime de los asambleístas. De todos es bien conocida la excelsa mentalidad de V. E.; nadie entre nosotros duda de que la fibra más viva de su alma es neta y genuinamente española, y esto nos anima a impetrar de V. E. que se penetre de las aspiraciones de la clase veterinaria, del ideal que las mueve, y las lleve a las altas esferas del Estado donde nosotros, los humildes, no tenemos fácil acceso. Desde luego reconocemos lealmente que, a pesar del ambiente hostil que nos rodea, emanaron de estas esferas reformas que enaltecieron la clase. Una de ellas, quizás la más trascendental de todas, ha sido la creación del cuerpo de Inspectores Pecuarios, bien recibida del país, aplaudida de cuantos en España se han percatado de la importancia excepcional que en nuestros tiempos reviste la Higiene Veterinaria. Mas con ser tan loable esa nueva institución, con inspirarse en un gran sentido de la realidad y llenar una necesidad, no ha dado al país todo el provecho que debiera reportarle, por no haberse complementado esa obra bienhechora con la creación de granjas donde pudieran prácticamente desarrollarse los estudios zootécnicos y con la creación de centros de experimentación donde los inspectores pudieran especializarse y echar así los cimientos de una ciencia nacional que nos falta. Así se formó en otros países; así podría también fundarse en España. Ese anhelo, Señor, no es ilusorio. Los que padecemos la nostalgia de grandezas pasadas no vemos otro camino para renovarlas que el de reincorporarnos a la obra de la cultura mundial. Hay espíritus escépticos que dudan de la aptitud de la mentalidad española para tal empresa; mas la prueba está hecha y experimentalmente se ha demostrado que la mentalidad española subsiste vigorosa en la raza como haya quien la despierte. Apareció esporádicamente en nuestro país un Cajal, mi venerado maestro, y esto ha bastado para que a su alrededor y bajo su amparo se formase una escuela que en el mundo de la ciencia ocupa ya un lugar preeminente. Ya no es sólo el glorioso

maestro el que inunda las revistas extranjeras con sus descubrimientos y absorbe la atención de los centros de investigación en este ramo del saber humano; lo son también los Achúcarro, los Tello, los Río Hortega, la nueva falange que va naciendo de las entrañas de un pueblo al cual sólo se otorgaba aptitud para las artes. Pues esas docenas de docenas de histólogos que van brotando al conjuro del maestro incomparable, empezaron modestamente su noviciado científico, tan modestamente como lo empezarían los inspectores pecuarios si contasen con los medios de que hablaba a V. E. anteriormente. Su obra en lo porvenir no sería de ciencia pura como la de aquéllos, sería de ciencia productora, de ciencia práctica, y la verdad es, Señor, que tanta falta nos hace la una como la otra. No es esto el sueño de un viejo que ya se va y quisiera para su patria lo que no han de ver sus ojos; es una cosa factible y hacedera. Con enviar la Junta de Pensiones, la institución más sana y más robusta que se ha creado en España para el fomento de su cultura, unos cuantos veterinarios selectos al extranjero a instruirse en técnicas que sólo conocen imperfectamente, esa Junta haría para la Veterinaria española la buena obra que hizo Cajal para la Histología. La historia bendeciría esa obra como bendecimos todos la de Cajal.

“Nuestras súplicas van todavía más allá. El profesorado de nuestras escuelas cuenta con hombres eximios que se ven condenados a ejercer el apostolado de la enseñanza de una manera puramente verbal por estar indotados sus servicios prácticos. En ellas existe la fragua y el yunque de los ominosos tiempos de la albeitería; pero no existen laboratorios, ni clínicas, ni prácticas zootécnicas; subsisten como las dejó, poco más, poco menos, el buen rey que las creó. Nuestra ciencia, Señor, como toda ciencia esencialmente práctica, no entra por los oídos, sino por los ojos que ven, por las manos que elaboran, y por ser así, al formular el sentir unánime de la Asamblea, impetramos de V. E. lleve nuestra voz hasta los altos poderes del Estado por ser esta voz el clamor de los abandonados”.

Después de bien leído y meditado esto, ¿quién se atreverá a decir que Turró no era fundamentalmente veterinario? ¿Habrá alguien, que

en su nombre propio o en el de alguno de nuestros muertos más ilustres, sea capaz de oponer algo más veterinario que los discursos y artículos de Turró que he glosado? ¿Existe un solo veterinario español que haya pensado más hondamente sobre todos nuestros problemas profesionales y que haya sido capaz de exponerlos con elegancia tan soberana y tan preciosa exactitud? Es indudable que Turró no realizó una

LOS FERMENTOS DEFENSIVOS EN LA INMUNIDAD NATURAL Y ADQUIRIDA

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

CALPE

1920

obra profesional continua, pero de ello son principalmente culpables aquellos de nuestros pequeños grandes hombres, que por haber vivido siempre a ras de tierra nunca han podido comprender a los espíritus que vuelan, y se apartan de ellos con horror. A Turró no le podían interesar los problemas menudos de la clase, y como veía que eso era lo que principalmente absorbía la atención de los demás, no salía de su laboratorio más que alguna que otra vez y muy de tarde en tarde. Pero en los momentos de descanso que sus múltiples trabajos de investigación biológica y filosófica le dejaban, pensaba muchas veces en la Veterinaria. Los Inspectores de Higiene pecuaria que acudieron a aquella

inolvidable comida íntima que tuvimos con el maestro durante la Asamblea de Barcelona, se pudieron convencer bien de ello. Y lo estábamos ya cuantos habíamos tenido la suerte de hablar con él seriamente acerca de nuestra profesión, que no creía posible salvar más que por medio del estudio y de una unión íntima de todos. “Ninguna clase social —decía ya en 1905— está tan necesitada de una estrecha unión, de una solidaridad inquebrantable para la defensa de sus intereses y levantar el prestigio de su profesión como la clase veterinaria”; y aun añadía que “hay mucho de suicida en esa resignación musulmana que nos induce a cruzarnos de brazos y esperar mejores tiempos”, pues lo que “importa es que nos unamos firmemente”, para lo cual “hay que infiltrar en la clase el espíritu corporativo”. Era natural que habiendo pensado en todos los problemas profesionales, no dejara Turró de pensar en este tan básico de la unión.

La obra veterinaria de Turró es verdaderamente enorme, contra lo que una censurable

ligereza en la apreciación ha hecho creer. Lo es en el terreno científico, porque las investigaciones biológicas realizadas por un veterinario y de tanta aplicación en nuestra Ciencia como en la Medicina, son netamente veterinarias; lo es en el terreno pedagógico, porque la enseñanza privada de Turró ha formado en Cataluña generaciones de bacteriólogos veterinarios, que no tienen par en ninguna otra parte de España; lo es en el terreno profesional, porque la doctrina contenida en sus artículos y discursos señala defectos y marca orientaciones con lucidez de juicio no superada por nadie, y lo es hasta en el terreno opoterápico, porque sus admirables preparaciones indican a los veterinarios del porvenir un camino en el que hay mucha gloria y mucho dinero. Por todas estas razones la nueva Veterinaria sabrá conservar el recuerdo de Turró como el de una de sus figuras más gigantescas y sabrá leer en su vida fecunda las páginas que iluminan la ruta por la que es preciso seguir sin vacilaciones para lograr el triunfo total de nuestros ideales.

NOTICIARI

EL CULTE DELS GRANS HOMES

EL DR. TURRÓ

Amb aquest número, corresponent al mes de juny, retem homenatge al mestre TURRÓ en commemoració de l'aniversari de la seva mort.

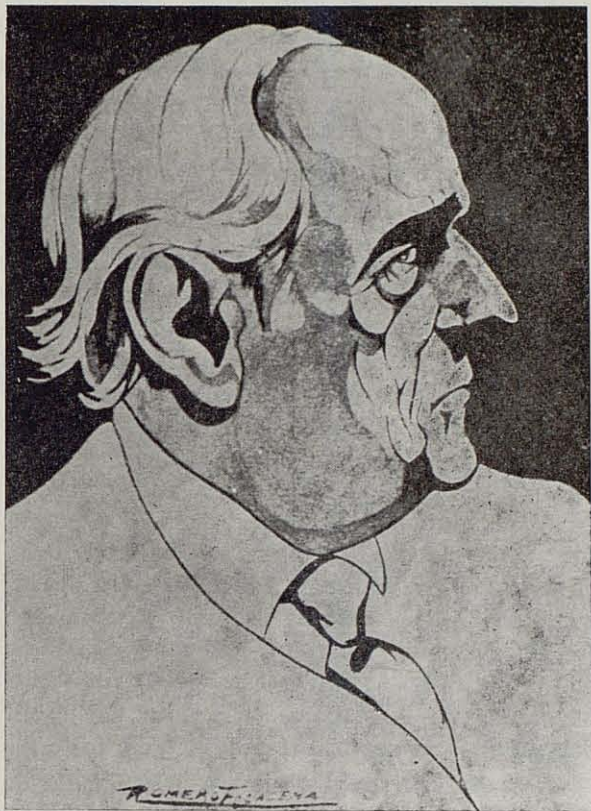
Com dintre els costums familiars, els pobles tenen de celebrar les dates dels seus morts. El culte col·lectiu als morts, als grans morts, als homes que aportaren queleoni més de llum, que pogueren com Prometeu arrabassar als déus una mica de foc, que saberen encendre dintre dels cors una fervor, és argument de la unitat d'un poble i el seu lligam alhora. Un gran home relliga, per segles unes generacions amb les altres.

El Dr. TURRÓ mereix totes les nostres devocions. Amb aquella força gegantina, amb aquella energia jove que portava, obrí d'una revolada la porta perquè entrés la nova concepció científica i s'airegés aquell tuf de florit que feia la nostra Ciència i els seus homes.

Obrir nous camins a la col·lectivitat, fer-la sortir de la trilla per

II. - El Científico

Por J. A. Romagosa Vila



Turró visto por Romero Escacena

PREAMBULO

No hemos conocido personalmente a Turró, pero hace más de un cuarto de siglo que admiramos su figura. En la antigua Escuela de Veterinaria de Zaragoza, el catedrático D. Indalecio Hernando, gran admirador del Maestro, al explicarnos su disciplina y especialmente al tratar de la Inmunidad y su planteamiento, aportaba sus ideas y logros. No despreciaba ninguna ocasión, que en el desarrollo del programa se le brindara, para ensalzar la genial figura de Turró.

Terminamos la carrera y estuvimos unos meses de prácticas con el insigne veterinario de Villafranca del Panadés, D. Alberto Brugal, y a diario seguimos oyendo comentarios del Dr. Turró. Brugal se había formado con él, en los cursillos de Bacteriología que daba en el Laboratorio Municipal de Barcelona. Dichos comenta-

rios y el poder disponer (como siguen aún guardando los familiares de Brugal) de anotaciones y autógrafos de Turró sobre el Cursillo de Bacteriología que el Maestro dictaba, nos hicieron darnos perfecta cuenta de las grandes dotes científicas y didácticas con que enriquecía sus lecciones. Nació en nosotros la idea de profundizar en su conocimiento y ya en el año 1944 leíamos por vez primera su grandiosa obra de índole fisio-filosófica *Orígenes del conocimiento: El hambre*.

Posteriormente, en 1946, el médico de cabecera Dr. Mallol, nos dejó tres obras más de Turró: *El método objetivo*, *La disciplina mental* y *La filosofía crítica*. Obras todas ellas en las que se aprecian las tres cualidades que adornaban a Turró: Didáctico, profundo y magistral en sus conceptos.

Ha querido la Providencia que, al casarme, a mi padre político (q.e.p.d.), el Dr. en Medicina D. Andrés Clariana Fábregas, discípulo y gran admirador de Turró, le pudiéramos oír durante años deleitándose al hablar del "Maestro". Asistía a las prácticas de la Cátedra de Pi i Sunyer que daba tan "Insigne Veterinario". Comentábamos capítulo tras capítulo sus publicaciones.

Todas estas apreciaciones de nuestra edad juvenil, formaron en nosotros un alto interés en conocer a Turró, recopilar la casi totalidad de los tratados o monografías suyas y, además, adquirir las obras o comentarios que en el transcurso de los años se han escrito sobre él. Por ello, no pretendemos reivindicar al "Veterinario Insigne", ya que todos los mayores lo conocen de referencia o lecturas, pero sí aficionar a generaciones jóvenes para que no les pase inadvertida una figura científica de magnitud tan colosal como la de Ramón Turró Darder.

DIVISION DE LA PRESENTE SEMBLANZA

- Preámbulo
- Fuentes consultadas para su redacción.
- Nacimiento y primeros años de juventud.

- Familiares y notas de sus destinos.
- Visión de conjunto de la obra científica de Turró.
 - e) Primeros descubrimientos en Bacteriología.
 - b) Experimentación Fisiológica.
 - c) Comentarios a su Filosofía.
 - d) Turró Veterinario.
- Honores y distinciones.
- Principales obras de Turró.
- Hitos cronológicos de su vida y trabajos.

FUENTES CONSULTADAS PARA LA REDACCION DE ESTA SEMBLANZA

No es labor fácil la de recopilar la vida profesional de un hombre tan polifacético y de la talla de Turró. No obstante, lo hacemos gustosos ya que, modestamente, es todo lo que le podemos ofrecer para extenderlo a jóvenes lectores. No cabe duda de que nuestra labor deberá ser concisa y de tipo divulgador. En estos dos objetivos centraremos nuestra recopilación en la presente monografía.

Las principales publicaciones que hemos consultado son las siguientes:

1. *Turró hombre de ciencia mediterráneo*.—Autor: Dr. Pedro Domingo Sanjuán. Editorial Portic Hispanic (Barcelona) Año 1970. Creemos que es la más documentada.
2. *Ideario de Ramón Turró*.—Autor: Joaquín Sempere. Editorial "Antología Catalana" de Barcelona. Año 1965.
3. *Ramón Turró*.—Autor: Leandro Cervera. Editorial "Llibreria Catalonia" de Barcelona. Año 1926.
4. También hemos extractado anotaciones de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, números dedicados al "Homenaje a Turró", nús. 8-9 y 10 (Tomo XVI) de 1926. En esta Revista colaboraron Leandro Cervera, Vidal Munné, Izquierdo Ortega, Bellido, Gordón Ordás cuyo trabajo se incluye en estas Semblanzas y Cayetano López.
5. Tenemos también fichados varios comentarios

de las obras de Turró, entre ellos, los más sobresalientes, los de los Doctores, Jaimé Borrás, Soller, Dwelshauvers, Tusquets, Serra-Hunter, Izquierdo, Saldaña, Sabatés, Danés, Farreras y de su gran íntimo amigo y discípulo Ruyra, que estaba redactando una biografía del Maestro cuando le sobrevino la muerte.

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS DE JUVENTUD

El nacimiento de Turró se fija oficialmente en Malgrat (Barcelona), donde tiene una lápida en la casa donde pasó sus primeros años y juventud, pero según varios investigadores no hay exactitud en ello, pues parece ser por propias manifestaciones de Turró a su discípulo Dr. Domingo Sanjuán, que "al tener que ser operada mi madre (cesárea) recurrieron a unos parientes de Tossa, naciendo en Gerona. A medida que la sospechada fecha del parto se iba acercando, el estado de mi madre se ponía peor. Un distinguido médico gerundense examinó a mi madre (sigue afirmando Turró a Domingo) y de acuerdo con los familiares maternos de Tossa, dio a luz en Gerona. Fui bautizado en Malgrat y en mi partida de nacimiento, extendida el día 8 de diciembre de 1854, no figura el lugar de nacimiento (si fue en Gerona o en el mismo Malgrat)". Al no figurar Malgrat es de suponer fuera en Gerona, lo que nosotros creemos fielmente.

Son detalles de interés familiar, pero que es justo figurar. Para mayores aclaraciones hay que acudir al libro de Domingo Sanjuán (página 21 y siguientes) donde expone detalles y comentarios sobre el "lugar de nacimiento del Maestro".

En la calle del Mar de Malgrat, que va desde el campo al mar, existe aún hoy una amplia casona llamada "Can Vives", en cuya fachada luce una descolorida lápida ofrecida por el Colegio de Veterinarios de Barcelona, en la que se hace constar el nacimiento de Turró y la admiración que sentían por él sus compañeros barceloneses.

FAMILIARES Y NOTAS DE SUS DESTINOS

En la casa "Can Vives" de Malgrat, vivía el matrimonio Benito Turró y María Gracia Darder,

dedicado al comercio de ultramarinos y amplio repertorio de productos para la pesca y agricultura. Una tienda propia de un pueblo mitad marinero y agricultor.

Los Turró-Darder tuvieron nueve hijos, de los cuales Melitón, el mayor, casó prontamente y siguió viviendo en la casa familiar desarrollando el comercio de sus padres. Otros dos hermanos, Benito y Joaquín, fueron sacerdotes, ocupando cargos eclesiásticos de importancia en la Diócesis de Gerona. De las hermanas, Antonia casó con un panadero del pueblo. Rosita casó con Romaní, que fue muchos años Alcalde de Malgrat. Otro hermano, Jaime, salió muy joven para Cuba; una hermana, Asunta, enferma de epilepsis; otro hermano, Salvador y nuestro biografiado que fue el último.

Entre todos los hermanos Turró, Ramón era el más díscolo, original e inteligente. Hablador, comentarista, discutiador, con una profunda inteligencia desde sus primeros años. Muy aficionado a las redacciones y composiciones literarias y a las interpretaciones personales de temas morales y religiosos. Joaquín Ruyra, a quien debemos estas primeras aportaciones familiares, ve a nuestro Turró como un "formidable autodidacta".

La familia Turró se hallaba dividida en tres bandos: Los padres, pensando en sus nueve hijos, eran interesadamente conservadores. Miraban a su negocio y querían educar a todos sus hijos en el amor y temor de Dios. Las hermanas Rosita y Asunta ayudaban a Ramón en su posición de "avanzado", o sea, revolucionario liberal, lo cual, más claramente y en función de los cambios políticos de aquella época, quería decir republicano. El tercer grupo lo constituía el resto de hermanos, entre ellos los dos futuros sacerdotes que pensaban en tradicionalismo o carlismo. Las discusiones familiares, según Ruyra, eran constantes, pues alrededor de la mesa había tres opiniones diversas. Solamente la gran delicadeza de la madre, sabía en momentos oportunos cerrarlas.

A los 15 años, Ramón, después de haber estudiado en el Colegio de los PP. Escolapios de Alella, obtiene el título de Bachiller en el Instituto de Gerona. En octubre de 1869 marchó a Barcelona, a matricularse en Medicina, por la

que sentía gran vocación. No había terminado aún el segundo curso, cuando se alistó como voluntario liberal para combatir a los carlistas.

Estuvo prácticamente un año en las milicias liberales.

En 1873, reanuda sus estudios de Medicina, pero se niega a seguir estudiando dado su carácter y el ancestrismo y falta de eficiencia docente de sus catedráticos en dicha época. Es totalmente falsa la afirmación (muy divulgada, por cierto) de que no quiso terminar su licenciatura médica por faltarle una sola asignatura (la Legal del último curso). No se sabe a ciencia cierta cuándo dejó de estudiar Medicina. Investigadores de la talla de Ruyra, Domingo y el propio Sempere, discrepan. Lo cierto es que, un buen día se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras e inició, con brillantísimo aprovechamiento, dicha especialidad. Tenía "madera de filósofo" según afirmaciones de sus profesores y condiscípulos. Su profundidad de pensador, excelente sintetizador y trabajador incansable, le hicieron pasar por las aulas de Filosofía (según palabras propias) como un "simple veraneante". No tuvo que esforzarse en ninguna disciplina. Terminó sus estudios filosóficos en 1877 y a los pocos meses se trasladó a Madrid, donde entró a trabajar en calidad de redactor literario en el periódico "El Progreso".

Justamente tenía 23 años, y a partir de esta edad, se va labrando una personalidad y afán de instrucción autodidacta que le llevó a alturas que, ni él mismo, pudo sospechar jamás.

Turró no contrajo matrimonio en toda su vida.

A sus 37 años (1891) se da cuenta de que, por sus grandes aficiones a la Fisiología Experimental y por no disponer del Título de Licenciado en Medicina, por su tozudez mediterránea, sería de su mayor interés poseer el Título de Veterinario. Su íntimo amigo, el Dr. Pi i Sunyer (del que Turró era ayudante en sus clases prácticas en la Facultad de Medicina de Barcelona) le invita a que vaya a la Escuela Veterinaria de Santiago de Compostela, de la que era Director el Profesor Alarcón (amigo personal de los Pi i Sunyer). Se presenta en Santiago y en dos convocatorias (junio y setiembre de 1891) obtiene

su flamante título. Sus exámenes brillantes, fueron muy comentados, pues tuvo que pasar la totalidad de las asignaturas y los Catedráticos que lo examinaron quedaron prendados del saber y profundidad de conceptos de "aquel alumno catalán de 37 años de edad" al que ya conocían por sus trabajos de Fisiología Experimental.

VISION DE CONJUNTO DE SU OBRA CIENTIFICA

La obra científica del Dr. Turró, invade los campos de la Biología y de la Filosofía. Su juventud se desarrolló en los tiempos en que la Medicina europea, bajo la influencia de Claudio Bernard y del genial Pasteur, deja de ser empírica y entra en el campo puramente experimental. Nuestro Turró, que tiene la suerte de asistir a la creación de la Bacteriología, de la Fisiología Experimental y de la Endocrinología, sigue todos los incidentes de esta fase de la Historia de la Medicina moderna.

Como dice Leandro Cervera, "Turró se encuentra instintivamente arrastrado y encausa sus esfuerzos hacia este nuevo campo de la Medicina Experimental". Sus trabajos son muestras elocuentes de la perfecta información que, gracias a su estudio diario, tenía de los avances de los investigadores y experimentadores extranjeros.

Primeros descubrimientos de Turró en Bacteriología:

Sus primeros trabajos originales son de orden técnico, fruto de su incansable investigación y estudio.

Para citar algunos, fijaremos los siguientes:

- a) Simplificación del manejo en técnicas de gota pendiente.
- b) Cultivo del Neumococo en medios altamente glucosados.
- c) Cultivo del Gonococo en medios ácidos "Método Turró".
- d) "Tubo Turró" para el cultivo de gérmenes anaerobios.
- e) Modificación de la técnica de Harzen para la autolización del páncreas.

- f) Reacción del Indol (Método de Turró) en las deyecciones coléricas.
- g) Circunstancias para estimular la esporulación del bacilo anthracis.
- h) "Método Turró" para el cultivo de estreptococos en medio ácido.

Experimentación fisiológica:

De los trabajos técnicos en Bacteriología, pasó Turró al campo de la Fisiología. Seguimos tomando notas de su discípulo Cervera.

En el campo de la experimentación fisiológica, los principales trabajos fueron los siguientes:

- a) Trabajos sobre digestión de las bacterias, que publicó en 1900 en España, Alemania y Francia y que se encuentran citados en los modernos tratados de Inmunología y Fisiología.
- b) Investigaciones sobre la actuación de la levadura de cerveza en las estreptococias y estafilococias experimentales.
- c) Estudios sobre el origen y naturaleza de las alexinas.
- d) Trabajos sobre el mecanismo de la Inmunidad Natural como conjunto de fenómenos de digestión intracelular, en los cuales el microbio invasor es considerado como una vulgar sustancia digestible y asimilable.
- e) Con la colaboración de su discípulo Pi i Sunyer, redactaron el importante tratado de "Els Ferments defensius en la immunitat natural i adquirida" (Los fermentos defensivos en la inmunidad natural y adquirida). Se hizo famoso en todo el mundo médico, pues Turró combatía las teorías de Ehrlich y en general de toda la escuela alemana, y haciendo gala una vez más de su genial intuición, dio una explicación fisiológica a los procesos inmunitarios.
- f) También se deben a Turró numerosos trabajos experimentales sobre el fenómeno contrario a la inmunidad protectora, esto es, en el campo de la Anafilaxia.

Comentarios a su Filosofía:

Al llegar a la edad madura, Turró se dedicó profundamente a los estudios y trabajos filosóficos.

Avanzaba en edad y paulatinamente se iba alejando del Laboratorio en cuanto a estudiar y aportar técnicas o estudios originales, para profundizar en el campo filosófico, del que fue también un auténtico "fuera de serie".

Las cuestiones filosóficas absorbieron su atención debido a que son fruto de una madurez y experiencia de años anteriores.

Turró afirmaba: "La filosofía es fruto de una profunda reflexión y experimentación. El investigador u hombre de ciencia, debe rechazar cualquier afirmación que no pueda comprobarse experimentalmente".

De estos pensamientos nace la "Filosofía Tu-

MONOGRAFIES MÈDIQUES

ANY II

JUNY 1927

N.º 12

EL MÈTODE OBJECTIU

P E L

DR. RAMON TURRÓ



rroniana" en la que se aprecia un sello de nitidez humana, fundamentada en la pura experimentación y a su colosal cerebro.

Sus principales trabajos fueron los siguientes:

a) El libro que forma el eje central de la filosofía turroniana es *Orígenes del Coneixement* que fue publicado por primera vez en Alemania en 1909. En 1912 se publicó en Barcelona una edición en catalán y en 1914 fue traducido al francés y publicado por la Casa Alcan de París. En 1917 y 1921 se publicaron dos ediciones en castellano, prologadas por el Profesor Unamuno.

Turró, en *Orígenes del Conocimiento: El hambre*, es fisiólogo que no se fía de su propia psicología introspectiva y de las especulaciones metafísicas. Es el hombre de laboratorio que,

acostumbrado a rehusar todo aquello que no es experimentalmente demostrable, se plantea encima de una programación positiva y real, el mismo problema que Kant se planteó en "La crítica de la Razón pura". Nuestro Turró, huyendo de los apriorismos kantianos, demuestra que el origen del conocimiento de lo real y externo, proviene de una sensación de hambre. "Del hombre que come, se pasa al hombre que piensa" (1)

b) Otra publicación interesantísima, dentro de la órbita filosófica, es el libro *Filosofía Crítica*, publicado en el año 1918. Se trata de una recopilación de lecciones que, durante un Curso, había desarrollado en la Sociedad de Biología de Barcelona. En dicho libro, Turró despliega la bandera del objetivismo, ataca despiadadamente a los discípulos de Kant, a los neokantianos y se declara ferviente discípulo de Platón y Aristóteles.

c) Una publicación que movió muchos comentarios es *El método Objetivo* publicado en 1916. Desarrolla el programa de unidad sistemática que presidió siempre la filosofía turroniana. Fue traducida al francés.

d) Otras publicaciones de menor importancia filosófica, pero que son de gran estilo turroniano y que aconsejamos su lectura son:

—*El sentit del tacte*, año 1913.

—*Criteriologia de Jaime Balmes*, año 1912.

—*Diálogos sobre Arte y Ciencia*, año 1925.

e) Podríamos aportar títulos de conferencias y numerosos artículos de divulgación filosófica que, durante toda su activísima vida y en especial en los últimos años, Turró escribió a petición de periódicos y sociedades intelectuales. No obstante, creemos que sus principales obras filosóficas son las anteriormente detalladas.

TURRO VETERINARIO

Turró amó y consideró profundamente a la profesión Veterinaria. Desde su Laboratorio Municipal de Barcelona estaba, junto es reconocerlo, al margen de los pequeños problemas profesionales que siempre han existido y existirán. Por algunos profesionales sanitarios afines a la nues-

tra, se comentaba "el poco interés que daba a los problemas Veterinarios". Ello es inexacto, pues en los momentos solemnes en que la Veterinaria le pidió su apoyo, ésta encontró siempre en Turró su hombría de bien, su fabuloso cerebro y su entusiasmo hacia la profesión que sinceramente quería y consideraba.

Aportamos, para corroborar estas afirmaciones, la transcripción completa de dos magníficas piezas oratorias sobre la defensa profesional. La primera de ellas, su Discurso en la toma de posesión de Presidente del Colegio de Veterinarios de Barcelona, el 4 de enero de 1905, y la segunda, su brillantísima aportación en pro de la Veterinaria pronunciada en la IV Asamblea Nacional Veterinaria en 1917, celebrada en Barcelona.

Deseamos profundamente que las generaciones jóvenes de compañeros Veterinarios, de los que tanto espera España, mediten profundamente dichas dos piezas oratorio-profesionales, para entrar en el pensamiento de este tan gran Veterinario que fue Ramón Turró Darder.

a) El discurso de la toma de posesión de la Presidencia del Colegio de Barcelona fue pronunciado el día 4 de Enero de 1905 y la transcripción literal del mismo es la siguiente:

"Señores: Al tomar posesión del cargo para el que me designásteis, cúmpleme manifestaros mi agradecimiento por la honra que me habéis dispensado, tanto más profundo y sincero, cuanto que yo ni había solicitado vuestros votos, ni en sueños se me había ocurrido que para tan alto puesto, os acordáseis de mi humilde persona. Sólo me explico vuestra adhesión y la de los compañeros de la provincia, que en su inmensa mayoría o en su casi totalidad, se hicieron representar el día de la votación, por la certidumbre que abrigáis todos, así los de aquí como los de allá, de que yo no he de defender directa ni indirectamente intereses particulares desde este sitio, sino los intereses colectivos de la clase, ni he de secundar intrigas de campanario, ruines propósitos ni miras que tiendan a dividirnos, sino únicamente cuanto tienda a dignificar a la medicina veterinaria y a enaltecer y fomentar la cultura de los modestos profesores que la ejercen. Si habéis visto en mí un lazo de unión entre todos y un firme mantenedor de ese ideal que

acabo de apuntaros, yo, con mis esfuerzos y con mi buena voluntad, ya que no con mis méritos, que son nulos, procuraré corresponder a vuestra confianza.

Ninguna clase social está tan necesitada de una estrecha unión, de una solidaridad inquebrantable para la defensa de sus intereses y levantar el prestigio de la profesión, como la clase veterinaria. Triste es confesarlo, pero la realidad se impone y hay que proclamarla por dolorosa que sea. El veterinario en cuantas naciones viven la vida moderna y se enriquecen con la aplicación a la agricultura, a la hacienda pecuaria, a la industria y al comercio de todos los prodigios de la ciencia experimental que en el siglo pasado han transformado al mundo y cambiado de raíz las condiciones económicas de los pueblos que constituyen las condiciones esenciales de su vida, es considerado como un ser superior, digno de la más alta estima y consideración. Si traspasais la trontera, al pisar tierra francesa, os asombrará el respeto con que se trata al *señor veterinario municipal* por parte de las autoridades y el pueblo en los más humildes villorrios; en las poblaciones que exceden de 14.000 habitantes devenga por ministerio de la ley un sueldo de 4.000 francos, y la municipalidad, por lo general, le proporciona casa en el matadero rodeada de jardines y llena de comodidades. Si subís hasta Holanda y Suiza, o si atravesáis el Rhin y penetráis en Alemania, donde el verbo de la cultura moderna palpita con tan vigorosos latidos, os asombrará el homenaje de consideración que se tributa al veterinario, el prestigio de que goza, sobre todo en las poblaciones agrícolas. Vuestro asombro crecerá desmedidamente si vais a Italia. En esa joven nación, os encontraréis con que la inmensa mayoría de los grandes propietarios, herederos de la nobleza que había en los antiguos reinos, siguen la carrera veterinaria y aplican los conocimientos adquiridos al fomento de su hacienda.

En cambio, en España, lo menos que puede ser un hombre de carrera es... veterinario. Más que una profesión modesta se la considera como un oficio humilde; las invectivas que aquí se lanzan contra él en el teatro, presentándole como el prototipo de lo ridículo, en los países cultos o no se entenderían o provocarían una indignación universal; aquí hacen desternillar

de risa. Las autoridades, en sus relaciones con los ingenieros, los abogados, los arquitectos, les guardan los miramientos a que son acreedores por sus títulos; mas el título de veterinario en nuestra patria se cree que a nada obliga, ni siquiera, en muchos casos, a la buena educación. No se toman en serio sus informes técnicos, y ya que no puede rehusárseles su valor legal, se discuten sus asertos y se prescinde de ellos cuando así conviene. Las regiones que, como Cataluña, viven una vida más europea (según dicen, porque yo tengo mis dudas sobre el particular) que otras de la península, si en algo se distinguen de las restantes en este punto es en acentuar su menosprecio, su desdén a la profesión veterinaria. Abundan aquí, vosotros lo sabéis bien, cierta clase de *soi disant* intelectuales, que creen injuriar a un hombre cuando le pueden llamar menescal. En las regiones centrales, donde la agricultura es una fuente de riqueza, y en todas aquellas en que la ganadería abunda, no es tan bajo ni despreciativo el concepto en que se tiene al profesor veterinario, que antes bien goza de un mayor prestigio.

Ahora bien, señores: ¿os habéis preguntado alguna vez las causas del singular fenómeno que acabo de exponeros? ¿habéis reflexionado alguna vez, cuando os han herido en vuestra dignidad profesional, las razones que puede haber para explicar que en las naciones progresivas se levante un pedestal a la profesión veterinaria, y hasta los nobles más linajudos en alguna de ellas la estimen como un honor, y aquí, en nuestra patria, en esta pobre España que en nada contribuye actualmente a la obra magna de la civilización moderna, se la mire con tanto desdén? Es un problema interesante; yo no sé de nadie que se lo haya planteado y examinado con la detención que se merece. Probemos a abordarlo.

Realmente, hasta el siglo XVIII la profesión veterinaria fue modesta, humildísima; los intereses que defendía eran siempre de menor cuantía. Herrar un caballo o mejorarlo de un cólico, cuando podía, era defender un capital exíguo; cortos debían ser sus honorarios, desmedradas sus pretensiones. La sociedad da un valor a los servicios según sea el capital que con ellos se salva; al abogado que defiende un capital de

un millón de pesetas, al ingeniero que sabe explotar una mina de oro o plata, claro está que no puede justipreciarlos como los que desempeñaba el albéitar que salvaba, cuando podía, una res cuyo valor no excedía de quinientas o mil pesetas. No conocía el modo de cortar las epizootias, ni el modo de prevenirlas; no conocía el modo de seleccionar las razas, favorecer las crías, ni la manera de fomentar la riqueza pecuaria. Como no salvaguardaba grandes, inmensos intereses sociales; como su acción profesional se desenvolvía en un círculo limitadísimo, es natural que no fuese mirado con la consideración que posteriormente se le ha otorgado. Mas vino el siglo XIX y todo cambió. Los progresos enormes de la Zootecnia desterraron los empirismos antiguos, extinguieron las rutinas y las preocupaciones respecto a la crianza de los animales domésticos. Así, la naturaleza de la alimentación, como la ración alimenticia, se establecieron según leyes científicas precisas; se llegó a saber cómo y de qué manera debía procederse en estas materias según las condiciones fueren.

El antiguo arte de padrear, empírico y torpe, fue reemplazado con nociones exactas respecto del modo de seleccionar cualidades y crear tipos nuevos, razas robustas que procreaban extraordinariamente acrecentando el capital, duplicando primero, quintuplicando o decuplicando su valor después. La mina de oro que descubrió la Zootecnia y de la cual se aprovecharon los pueblos que dispusieron de veterinarios que aplicasen los conocimientos que en ella aprendieron, aumentó, claro está, su prestigio. Ya no defendía una res; era el eje generador de una riqueza social que crecía como la espuma; de ahí que el labrador, de ahí que el propietario y el ganadero anduviesen tras él como el oráculo poseedor del secreto de las prosperidades que sobre ellos llovían, y de ahí que su figura se agrandase ante los ojos de una muchedumbre atónita con tanta maravilla. Mas ese capital, que crecía de día en día corría el riesgo de quebrantarse hondamente o arruinarse del todo, con la aparición inesperada de una epizootia que diezmasa las piezas o aniquilase los rebaños. Y entonces surgió un genio, Pasteur, con ese séquito de veterinarios, colaboradores de su obra inmortal, que se llaman Chauveau, Bouley, Cornevin, Arloing, Nocard, etc. verdaderos príncipes de la

ciencia, que completaron y ampliaron sus enseñanzas y dominaron los peligros de una ruina posible, previniéndolos sabiamente por medio de la profilaxis. El capital conquistado se afirmó; las amenazas, que lo tenían como medroso y cohibido, llegaron casi a anularse, y con esto se afianzó desplegando mayor fuerza expansiva.

Tened ahora en cuenta, que el desarrollo de la ganadería favorece el de la agricultura y el de ésta a la primera, por acción recíproca; tened en cuenta, que los progresos de la química agrícola han desterrado las antiguas prácticas empíricas y que el conocimiento de la composición de las tierras laborables orienta al agricultor respecto de la elección de las sementeras y la clase y cantidad de abonos que debe emplear permitiéndole los cultivos intensivos. El perito agrónomo que conoce el modo de aplicar a la industria agrícola todas las maravillas de la química y la mecánica, y el veterinario que conoce las leyes a que debe adaptarse la crianza de los animales domésticos y el modo como puede cortar los contagios o prevenirlos, son las dos palancas que han transformado la agricultura. Y la agricultura es, señores, la entraña principal de toda sociedad bien constituida; aún en los pueblos más industriales las tres cuartas partes de la población son agrícolas. Pues bien: si aquello de que vive un pueblo es lo esencial para su existencia, bien se comprende que la transformación que ha sufrido la agricultura mediante la aplicación de los progresos de la Mecánica, la Química y la Bacteriología, es lo que fundamentalmente ha cambiado el modo de ser de los pueblos por las transformaciones impresas en sus medios de vida. No os extrañéis de que el Gobierno de Thiers, después del año terrible, del año de los desastres, más que de la industria, más que del comercio, se preocupase de levantar la agricultura para levantar la Francia.

Su obra meritoria, que es la obra de un estadista digno de este nombre, será glosada en la historia con encomio. ¿Os he de recordar lo que hizo en favor de la agricultura y en favor de la medicina veterinaria? Un solo dato os dará razón cabal de la magnitud de los resultados conseguidos, ya que no es propio de este lugar el estudio detallado de esta empresa. Después de la "debacle" existían en Francia, en números

redondos, tres millones de cabezas de ganado vacuno; once años después excedía de catorce millones. ¿Os representais el capital que ese aumento significa con sólo contar la cabeza a 300 francos? Pues imaginad que esa suma fabulosa es sólo un dato de la suma total de los restantes componentes, pues cuando las fuentes de la riqueza pública se abren en un país todo prospera armónicamente.

En los países del Centro de Europa, aparte de la riqueza pecuaria, la suma alcanzada por las industrias que de su existencia derivan, representan sumas incalculables. La industria lechera importa por sí sola millares de millones. La leche que se consume en las grandes ciudades alemanas constituye una suma portentosa. Con datos fidedignos pudiera demostraros que la leche que afluye diariamente a Berlín, tal vez sea comparable al agua que viene a Barcelona por nuestro acueducto de Moncada. ¿Y qué os diré de la industria de los quesos? ¿qué de la leche condensada? ¿qué de la fabricación de las mantecas? ¿qué de la elaboración de la lactosa? ¿Y eso es todo? No: pues con sólo indicaros que al puerto de Barcelona, según referencias que si de algo pecan es de incompletas, llegan más de dos toneladas mensuales de polvos de leche desengrasada, llegaréis a presentir qué es la industria lechera en estos países.

Tras esa exposición sucinta, tan abreviada como un simple apunte, ya se comprende el crédito de la medicina moderna; siendo muy natural que haya crecido tanto y que esa profesión sea tenida en alta estima. Ya no es el albéitar humildísimo del siglo XVIII que defendía un capital menguado; es el creador de una riqueza exuberante que ha transformado las condiciones de vida de la población agrícola y su mejor guardián; por eso se remontó y su profesión fue dignificada y reconocida como excelsa. Como el perito agrónomo, lleva en su mente, a modo de un fuego sagrado, no la ciencia de los sabios, no las teorías divinas de los genios que escrutan lo desconocido sin aspirar siquiera a beneficiarse personalmente y contentándose con crear la ciencia pura, sino su cristalización práctica, su aplicación directa al trabajo humano. Ciertamente que no son los creadores de la ciencia en su elevada acepción, en su esfera ideal; pero de aquellos

que descienden en línea recta, aunque no sepan ver más que el lado práctico y positivo del sublime idealismo de los primeros.

La ciencia experimental, al modificar tan profundamente las condiciones de vida de los pueblos, ha transformado al mundo; mas de ese cambio tan radical las clases directoras de la sociedad española no se han enterado todavía. Hasta el siglo XVIII era España una nación cuyos medios de vida eran, poco más o menos, como los de las demás naciones. Laboreaba sus tierras según los procedimientos empleados en todas partes; criaba sus ganados como los demás y en el "modus operandi" de sus industrias no la aventajaban mucho los países extranjeros. Mas vinieron las resultancias prácticas de la ciencia experimental, vino esa gran revolución que ha transformado a Europa sin tiros ni barricadas, y mientras todas las naciones, cual más, cual menos, unas más rápidamente que otras, cambiaban todos los mecanismos de su producción, aumentándola en cantidad y calidad de una manera inverosímil, España siguió cultivando sus tierras con el empirismo de sus mayores y a la antigua usanza siguió criando sus ganados, y si no se extinguió del todo su antigua industria fue por imprimirle un impulso de adaptación al progreso de los nuevos tiempos, que aunque débil le ha permitido, junto con la protección arancelaria, prolongar una existencia que nada tiene de lozana.

Nuestras clases directoras no comprendieron entonces, y apenas si vagamente lo comprenden ahora, que la gran revolución que ha cambiado la faz de los pueblos durante el siglo XIX, más que política ha sido económica, por haber cambiado de raíz los medios de vida de los pueblos. No han comprendido todavía que, así como en otros tiempos todo el progreso se resumía en Santo Tomás o Ramón Llull, en Descartes o en Spinoza, en los actuales no lo sintetizan Augusto Comte, Spencer o el neo-kantismo, porque toda la filosofía actual quintaesenciada no ejerce sobre la vida de los pueblos la poderosísima influencia que ejercen los Dumas, Berthelot, Pasteur, Chevreul, Helmholtz, Growes, Morse, Marconi, y cuantos de esa progenie ilustre les fuerzan, quieras que no, a ganarse la vida de otra manera de como se la venían ganando.

El ambiente de la vida moderna no ha penetrado en el espíritu de nuestras clases directoras: son hombres del siglo XVIII que no se han enterado todavía de lo que ha pasado en el mundo durante el próximo pasado siglo. En nada han cambiado la vida orgánica de España, los elementos internos de su trabajo o de su producción, nada han hecho para que las fábricas, hijas predilectas de la Universidad, pregonen su gloria con las maravillas de los productos que aquella inventa y les enseña a elaborar; nada hacen para que el perito agrónomo pueda amaestrar en las granjas montadas a la europea a ese labrador, que ellas (¡jellas!...) en su omnisciencia califican de rutinario; nada intentan siquiera para que la escuela veterinaria se levante y constituya en lo porvenir un venero inagotable de riqueza. Todo, todo está por hacer, como ha dicho Costa... Su obra se ha limitado a cubrir la España del siglo XVIII con un sudario de constituciones hilvanadas a la moderna.

Entregadas nuestras clases directoras a las divagaciones de un filosofismo estéril, cuando hablan de regeneración y de levantar el país... con decretos "gacetales", si alguien, luchando a brazo partido contra esa corriente de perdición que nos aniquila lentamente al distanciarnos de las verdaderas fuentes de la cultura moderna, se encara con ellas y les dice que la profesión veterinaria es un factor indispensable, culminante para iniciar esa obra de regeneración, le mirarán con asombro y estupefactos. Como ignoran lo que ha ocurrido en el mundo, siguen creyendo que el veterinario de ahora es el antiguo albéitar de los tiempos de Jovellanos, bueno únicamente para herrar o sangrar una caballería. ¡Así estamos, señores! España sigue riéndose de la profesión veterinaria, desdeñándola como un desecho social: ¡así está ella!... Desdeña también un conjunto de profesiones cuya acción recae sobre oficios y artes industriales y agrícolas, y sólo se preocupa del esplendor de los altos cargos. Por eso, sólo por eso la entraña muere y la nación agoniza bajo fastuosas apariencias.

Ante ese cuadro desolador, en el que vemos nuestra profesión arrastrar una existencia tan penosa y lánguida como la de cuantas profesiones traen la misión de aplicar al trabajo agrí-

cola o industrial conocimientos científicos ¿qué nos toca hacer? Hay mucho de suicida en esta resignación musulmana que nos induce a cruzarnos de brazos y esperar mejores tiempos. Importa que nos unamos firmemente, que reunamos en un haz todos los elementos dispersos de la provincia, creando una fuerza colectiva que nos permita defender legalmente nuestra dignidad profesional y luchar con brío para que no se menoscaben nuestros derechos. El camino que debemos seguir lo trazaron sabiamente nuestros hermanos de Aragón. Hay que infiltrar en la clase el espíritu corporativo; hoy se han colegiado los veterinarios de la provincia de Barcelona; que hagan mañana lo propio las provincias hermanas de Cataluña y del resto de España. Saludemos a los que están ya constituidos, llevándonos una delantera para ellos honrosísima; saludemos efusivamente a la Junta del Patronato central que tan laudables campañas viene librando en favor de la Veterinaria española; saludemos también a esas escuelas tan pobres, tan desmanteladas, de las que hemos salido, con el cariño del hijo que se acuerda de su madre desvalida, pues de su pobreza ni son ellas responsables, ni se las puede imputar como pecado propio el olvido punible, el miserable abandono en que se las tiene. Y una vez sumadas en una sola corriente ese gran número de fuerzas concurrentes, se creará un estado de opinión que obligue a nuestras clases directoras a levantar la profesión veterinaria de su actual postración, elevando nuestra cultura a nivel de la de los países que van a la vanguardia de la civilización, para bien de la clase y de la patria española.

He dicho”.

b) El discurso pronunciado por Turró en la inauguración de la IV Asamblea Nacional Veterinaria celebrada en Octubre de 1917 en Barcelona, está ya transcrito en el trabajo de Gordón Ordás que precede al nuestro. Es una maravillosa expresión de amor, conocimiento y anhelos de perfeccionamiento de la profesión.

HONORES Y DISTINCIONES

No es fácil poder recopilar los honores y distinciones de un hombre de la talla de Ramón

Turró Darder. Toda su vida fue dedicada a la

ACCIÓ BACTERIOLÍTICA DE LA MUCOSA INTESTINAL

per
R. TURRÓ

Si es fa un raspai de la mucosa del budell d'un conill, acabat de matar, i després de triturat al morter es deixa en NaFl al 1 per 100 dins d'un tub anaerobi per espai d'uns vuit a deu dies a l'estufa a 37°, s'observa que aquest suc de maceració ha adquirit una propietat bacteriolítica en front el bacillus anthracis. Una petita quantitat de dit suc col·locada en contacte d'un cultiu pur de bacteridia acaba per dissoldre'l en un lapse de temps comprès entre 24 i 48 hores.

Aquesta propietat bacteriolítica no és patrimoni de cap regió d'intestí, sinó que es manifesta igualment en tota la seva llargada, qualsevol que sigui el tram escollit. La propietat bacteriolítica de la mucosa intestinal és un nou argument en favor d'una opinió sustentada per nosaltres des de fa molt temps.

En efecte: ja en 1908 en la comunicació presentada amb en Pi Suñer al primer Congrés de l'Associació espanyola per al Progrés de les Ciències, deiem: «és factible demostrar en molts teixits propietats bacteriolítiques més o menys actives segons les espècies microbianes sobre les quals actuen», i en deduíem, com a conseqüència, que la **materia viva es defensa dels gèrmens infectants per una acció**

investigación y abarcó diversos campos. No obstante, apoyándonos en las notas de sus dos discípulos Cervera y Domingo, hemos entresacado las más importantes. Son:

a) En 1892 fue nombrado Turró Académico Numerario de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. El discurso de Turró, en el acto de recepción a la misma, fue un memorial verdaderamente revolucionario sobre los mecanismos de la inmunidad. Atacó las doctrinas fagocitarias de Metchnikof, aceptadas en aquel año por todos los investigadores. Este discurso, notable en todos conceptos, fue contestado por el Dr. Mascaró, padrino del recién ingresado. Unos pocos años más tarde, la propia

Academia le nombró Vicepresidente.

b) La "Academia i Laboratori de Ciències mèdiques de Catalunya" nombró a Turró como su Presidente.

c) Prat de la Riba, nombró a Turró Jefe de la Sección de Ciencias, al constituirse el "Institut d'Estudis Catalans".

d) Al fundarse la "Societat de Biología de Barcelona", Turró fue colocado entre los socios de Honor.

e) En 1917, la IV Asamblea Nacional Veterinaria, celebrada en Barcelona, le confía el discurso de inauguración. Una verdadera joya de contenido y de programa, que hemos transcrito anteriormente.

f) También en 1917, la "Academia Nacional de Medicina" y la "Residencia de Estudiantes" de Madrid le encargan sendas conferencias.

g) En 1924 redacta su famoso discurso "La Disciplina Mental" que fue leído por el Dr. Marañón en la inauguración del "IX Congreso de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias" celebrado en Salamanca.

h) En 1919, la "Academia de Medicina de Buenos Aires" le nombra Socio de Honor en la misma sesión en que fue conferida idéntica distinción al Profesor Ramón y Cajal.

i) El 15 de Enero de 1919, es nombrado por la "Société de Biologie de France" Miembro Correspondiente.

j) El día 14 de diciembre de 1922, la "Societat de Biología de Barcelona" dedica un caluroso homenaje a Turró. El Presidente de la "Mancomunidad de Catalunya" le hizo entrega de una hermosa placa de oro, sufragada entre los Veterinarios y Médicos Catalanes. Es curioso que en este acto, el Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Barcelona, Sr. Massot, en nombre del Sr. Alcalde de la Ciudad, hizo declaración pública del acuerdo tomado por el Ayuntamiento, de dejar sin efecto, en honor a Turró, el artículo de la Ley Municipal y Reglamento de Funcionarios, que disponía la jubilación forzosa por haber llegado a la edad reglamentaria. Este elevado gesto, en favor de Turró, tomado por la Corporación de la Ciudad Condal, fue aceptado

con intensa emoción por toda la Clase Veterinaria Española. El haberlo tomado por dicho Ayuntamiento, fue para premiar como ejemplo de eficiencia la labor de un hombre de ciencia, al frente de su Laboratorio Municipal, donde tantas generaciones de Sanitarios se habían formado y que en momentos de infecciones y problemas higio-sanitarios de muy diversa índole, nuestro Maestro supo solucionar. Su actuación, fue de ejemplaridad y respetuosidad hacia las Autoridades y el pueblo barcelonés. Precisamente en el mismo año, la Ley, inflexible, había separado de su cátedra al gran histólogo y entrañable amigo de Turró, el gran Ramón y Cajal.

k) Ramón Turró, fue jubilado por el Ayuntamiento en 1925. A los dos años de haberle correspondido por la edad.

l) Murió en Barcelona el día 5 de Junio de 1926, a los 72 años de edad. La causa de su muerte fue una arteritis en una pierna, que hubo de amputársele. Por padecer una diabetes crónica, se presentó la clásica gangrena que lo llevó a la tumba, siendo enterrado en el nicho número 3087 del cementerio de Las Corts, de la Ciudad Condal.

PRINCIPALES OBRAS DE TURRO

Hemos consultado las cinco fuentes de información que detallábamos al principio y el Fichero General de la Biblioteca Nacional de Madrid, hallando las siguientes:

1.—De su tiempo de periodista en Madrid

- a) *Composiciones Literarias* (1878). Imprenta la Renaixensa de Barcelona.
- b) *Cartas a Letamendi*. El siglo Médico (Madrid 1879-80).
- c) *El Mecanismo de la circulación arterial* (1880) Madrid.

2.—De su estancia definitiva en Barcelona

- La Disciplina Mental*.—Publicaciones Ateña. Madrid.
- La epidemia de fiebre tifoidea en Barcelona. Orígenes de la epidemia*.—G.M.C. 1915.
- La Fagocitosis. El Naturalista*.—Vol. IV, n.º 12. Setiembre 1890.
- Los fermentos defensivos en la inmunidad*

- natural y adquirida.* Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.—G.M.C. Año XL - n.º 15 - 31 Enero 1917; 28 Febrero 1917; 31 Marzo 1917.
- Las defensas orgánicas y la infección.* Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona—Enero 1906, y también en G.M.C. - Marzo 1906.
- La medicación tiroidea.*—G.M.C. 1896.
- La medicación tiroidea. Nefrina y pancreatina absolutas.*—G.M.C. Barcelona 1901.
- Memorias sobre la circulación de la sangre.* Monografías de Medicina y Cirugía. Tomo VIII. Madrid 1882.
- Nota previa sobre la digestión de las bacterias.*—G.M.C. Barcelona 1900.
- Nota sobre el cultivo del "Streptococcus" en los medios de cultivo ácidos.*—G.M.C. Junio 1895.
- La obesidad.*—G.M.C. n.º 15 de Enero de 1897; 15 de Febrero de 1897; 28 de Febrero de 1897.
- Origen del conocimiento: El Hambre.*—2 vol. S. Catalana de Edi. Barcelona 1912.
- Acción bacteriolítica de la mucosa intestinal.* Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. Octubre 1916.
- Acción disolvente de la sosa sobre el vibrion colérico.*—Gaceta Médica Catalana. 1907.
- Análisis Bacteriológicos de las aguas procedentes de Montcada y Dos Rius.*—Archivo administrativo de la ciudad. 1914.
- Autodigestión del páncreas.*—G.M.C. Agosto 1888.
- Apuntes sobre la fisiología del cerebro.*—“El Siglo Médico”. Madrid 1882-3.
- Bechamps y Pasteur.*—G.M.C. Año VIII. Enero a Junio 1885.
- Contribución al estudio de la esporulación del "B. anthracis".*—G.M.C. Febrero 1891.
- Cultivo de los microbios anaerobios.*—Revista de Medicina y Cirugía. Diciembre 1901.
- Curso de Fisiología según la enseñanzas del profesor Kuss.*—G.M.C. Abril 1885.
- De la fiebre traumática.*—G.M.C. Diciembre 1889.
- Digestión de las bacterias.*—G.M.C. 1902.
- Dualismo Cerebral.*—G.M.C. Año VII. Marzo 1884.
- El equilibrio del cuerpo humano.*—Congreso de la Asociación Española para el Congreso de las Ciencias. Zaragoza 1908.
- Epidemia y endemia tíficas.*—Academia del Cuerpo Médico Municipal. 1917.
- Origen y naturaleza de las diastasas bacteriolíticas.*—Libro en honor de Santiago Ramón y Cajal. 2 vol. Madrid 1922.
- Vacunación por vía oral (digestiva).*—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. Junio 1916.
- Discurs al acte de presa de possessio de la Presidencia del Col·legi de Veterinaris Provincial de Barcelona.* 4-1-1905.—Publicado en la Revista Veterinaria de España n.º 15-30 de Junio de 1926.

COLABORACIONES CON SUS DISCIPULOS

R. Turró y P. González.

- Anaphylaxie par les globulines.*—C.R. Soc. Biol. Paris 1910.
- Anaphylaxie par les globulines. Nature du poison Anaphylatique.*—C.R. Soc. Biol. Paris 1910.
- Anaphylaxe inverse: antifilaxie.*—C.R. de la Soc. de Biol. Paris 1912.
- Antianafilaxia en la anafilaxia inversa.*—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. 1913.
- Contribución al estudio de la anafilaxia.*—G.M.C. Marzo 1911.
- Teoría de la Anafilaxia experimental.*—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. 1913.
- Titulación por el formol y anafilotoxinas.*—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. 1913.
- R. Turró y J. Alomar.
- Atenuación del B. de Koch en el caldo de pa-*

- tata de Holanda*.—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. 1914.
- R. Turró y P. Domingo.
—*Influencia de la Disolución sobre la dosis mínima mortal de colibacilo*.—Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona. Diciembre 1926.
- R. Turró y A. Pi Sunyer.
—*Bacteriolosinas Naturales*.—Revista de Ciencias Médicas de Barcelona. 1908.
—*Mecanismo fisiológico de la inmunidad natural*.—G.M.C. Barcelona. Mayo y Junio 1905
—*Sur les propriétés bacteriolytiques des tissus*.—XVI Congreso Internacional de Medicina. Budapest. 1909.
- CURRICULUM VITAE (Extracto)
- 1854.—Nacimiento de Turró.
- 1869.—Bachiller en el Instituto de Gerona.
- 1870.—Cursa Medicina en Barcelona.
- 1871.—Voluntario en las milicias liberales.
- 1873.—Reanuda sus estudios de Medicina.
- 1874.—Deja la Medicina y se matricula en Filosofía.
- 1877.—Termina Filosofía y se traslada a Madrid.
- 1878.—Figura en la plantilla de “El Progreso” como Redactor Literario.—Publica “Composiciones Literarias”.
- 1879.—Campaña contra Letamendi en “El siglo médico” (La Renaixença de Barcelona).
- 1880.—Publica “El Mecanismo de la Circulación Arterial”. Madrid.
- 1882.—“La fórmula de la vida del Dr. Letamendi”. El siglo médico. Madrid.
- 1883.—Publicación en París de la “Circulación de la Sangre”. Berthier.
“Apuntes sobre la Fisiología del Cerebro”. El Siglo Médico. Madrid.
- 1891.—Veterinario en Santiago de Compostela.
- 1892.—Nombrado Académico Numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona.
- 1894.—Trabaja activamente sobre Endocrinología en el Laboratorio de Pi i Sunyer.
- 1896.—Conferencia en la Academia de Medicina de Barcelona sobre “Endocrinología”.
- 1897.—Publica “La medicación tiroidea”.
- 1903.—“Verdaguer vindicado por un catalán”. Librería Española. Barcelona.
- 1903.—“Origen y Naturaleza de las Auxinas”. Congreso Internacional de Medicina. Madrid.
- 1905.—Presidente del Colegio de Veterinarios de Barcelona. Tomó posesión el 4 de enero de 1905.
- 1906.—Nombrado Director del Laboratorio Municipal de Barcelona.
- 1909.—Publicación en Alemania de “Orígenes del Conocimiento. El Hambre”.
- 1912.—Publica: “Criteriología de Balmes” Barcelona (Sociedad de Ediciones)
“El Sentido del tacto” (Arxius de Ciencia) de Barcelona.
“Els orígens del coneixement: La fam” Soc. Catal. Edid. Barcelona.
- 1914.—Publicación en París de “Orígenes” Editorial Alcan.
- 1916.—Edita Ribot de París “El método objetivo”, “Orígenes y representaciones del sentido táctil”.
- 1917.—Publicación en Madrid de “Orígenes” prologado por Unamuno.
Presidente de la Asamblea Nacional de Veterinarios.
- 1918.—Publica en catalán “Filosofía crítica”.
- 1919.—Socio de Honor de la Academia de Medicina de Buenos Aires y de la de Biología de París.
- 1920.—Edita en castellano “Filosofía crítica” que la traduce Gabriel Miró.
- 1921.—2.º Edición de “Orígenes” prologada también por Unamuno.
- 1922.—Publica “La obra bacteriológica de Pasteur”.

1923.—Publica "Disciplina Mental".
Funda la Sociedad Catalana de Filosofía de Barcelona.

1925.—"Diálogos sobre cosas de arte y de ciencia" Revista Cataluña. Se le jubila de sus cargos por edad.

1924.—Discurso de inauguración en Salamanca del "Congreso Progreso Ciencia".

1926.—Muere en Barcelona el día 5 de junio a los 72 años de edad.

NOTAS

(1) ARAQUISTAIN, L., (1962). *El pensamiento español contemporáneo*. Editorial Losada, Buenos-Aires (Argentina), pág. 76 y sig. estudia diversos aspectos de Turró, al que llama biólogo, ignorando su condición de veterinario, seguramente. En particular, merece destacarse la obra de nuestro colega titulada *Orígenes del conocimiento: el hambre* (Barcelona, ca. 1917), previamente publicada en alemán y posteriormente en francés, antes que en castellano. Turró entroniza la experiencia trófica como iniciación de todo tipo de conocimiento y Unamuno, que escribió un ensayo filosófico como prólogo de la obra, viene a substituir el *Cogito ergo sum* cartesiano, por el *Edo, ergo sum*, repitiendo el germánico *Du bist was du isst* (eres lo que comes), del siglo XIX. (Nota de Miguel Cordero).

